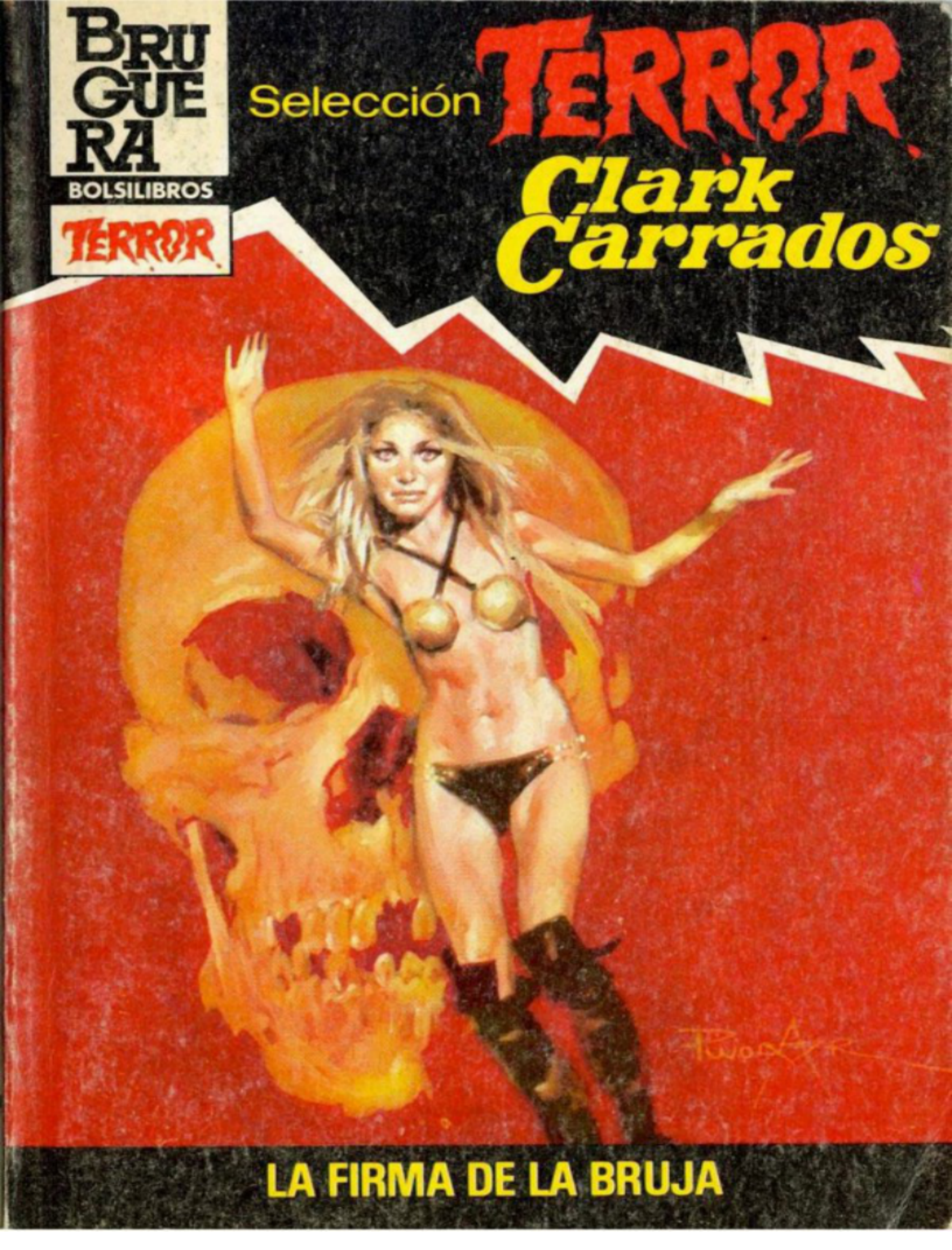

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
LA FIRMA DE LA BRUJA

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS
LA FIRMA DE LA BRUJA

Colección
SELECCION TERROR n.° 590
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Búfalo Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

ISBN 84 02-02506 4
Depósito legal: B 28 386 1984
Impreso en España Printed in Spain
1a edición en España: octubre. 1984
1a edición en América— abril. 1985

Camps y Fabré. 5
08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A, Parets del Valles
(N-152. Km 21.650)
Barcelona — 1984

CAPITULO PRIMERO

La luna asomaba a veces por los rasgones de las ventrudas nubes que corrían velozmente en el cielo. En la abrupta costa, las olas rompían fragorosamente, elevando a lo alto potentes chorros de espuma, que luego se deshacían, disueltos por el viento.

Por el acantilado, al pie de la torre parcialmente en ruinas, se movía una chispa de luz. El hombre descendía por un sendero apenas visible, incluso de día, moviéndose con grandes precauciones. Un paso en falso, el más ligero resbalón, significaban la muerte segura, al caer desde más de cuarenta metros de altura. Primero se estrellaría contra las rocas puntiagudas, constantemente bañadas por las aguas, y el oleaje lo arrastraría después mar adentro, sin posibilidades de salvación.

La pendiente del sendero era muy pronunciada, pero, de pronto, se hizo horizontal en un corto trecho. El hombre lanzó una maldición al ver su ruta cortada por una enorme roca que interrumpía la senda.

La roca tenía varias veces su altura y, además, sobresalía hacia afuera. Por un momento, el hombre creyó que se vería obligado a desistir de su empeño. Con la mano izquierda sacó un papel que puso bajo la luz de la linterna que sostenía la otra mano.

Había algunos signos trazados en el papel, y los estudió cuidadosamente. Al cabo de unos momentos, se convenció de que seguía la ruta correcta. Entonces guardó el papel y la linterna en los bolsillos del impermeable con que se cubría y se dispuso a pasar al otro lado de la roca, sin darse cuenta de que el papel sobresalía en parte fuera de su alojamiento.

Paciente, esperó a que se produjera un claro en las nubes y, cuando la luna asomó una vez más, se agarró con ambas manos a sendos salientes de la roca y empezó a moverse con grandes precauciones, procurando asentar los pies en los huecos del gigantesco pedrusco.

Al meter el pie en el primer hueco y aunque no podía comprobarlo visualmente, se dio cuenta de un hecho singular: su extremidad encajaba perfectamente en aquella cavidad. Ello le hizo saber que alguien. Dios sabía cuánto tiempo atrás, había hecho aquellos huecos. No, no eran obra de la naturaleza, aunque así pudiera parecerlo a primera vista.

Lentamente, con infinito cuidado, fue pasando al otro lado. Los salientes proporcionaban asideros lo suficientemente seguros para no temer una caída, si sabia mantener la serenidad. Una vez, sin embargo, miró hacia abajo y se estremeció al ver las olas que golpeaban incansablemente la base del acantilado.

La roca era muy alta, pero aún era más gruesa; por ello, el

tiempo que le costó pasar al otro lado le pareció eterno. Pero, al fin, pudo poner los pies en un trozo relativamente llano y soltarse de la roca. Entonces, sin poder contenerse, lanzó un suspiro de satisfacción.

Llevaba puesto un sombrero y se lo quitó, para limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo que tenía en el bolsillo izquierdo del impermeable. Al hacerlo, sacó el papel que había consultado antes, sin apercibirse de que lo perdía.

Una súbita ráfaga de viento cogió el papel entre sus dedos impalpables y lo elevó hacia las alturas. Pero el hombre no se percató de ello; estaba seguro de que había llegado al objetivo y tenía la vista fija en la negra hendidura que había en el paredón de roca, a menos de dos pasos del lugar en que se hallaba.

Sacó la linterna y la enfocó hacia lo que sólo parecía una grieta en el acantilado. Casi lanzó una carcajada de alegría.

—¡AI fin! —exclamó.

La grieta medía dos metros de altura por apenas medio de anchura. Además estaba orientada oblicuamente con respecto al plano general del acantilado, lo que hacía prácticamente imposible que fuese vista desde el mar, a menos que se conociese su situación con absoluta exactitud.

—Sí, es el mejor escondite que se puede imaginar —murmuró.

Resuelto ya a todo, avanzó unos pasos. Casi tuvo que entrar de costado, debido a la angostura de la grieta. Pero un par de metros más adelante, vio que la abertura se ensanchaba, para formar una cueva de notables dimensiones.

El suelo era de arena, relativamente seca. Paseó la luz por el interior de la oquedad, maldiciendo entre dientes por no haber podido proporcionarse una linterna de mayor potencia. Pero, se dijo, también podía haber resultado sospechoso, y así nadie sabría cuáles eran sus propósitos al emprender la excursión nocturna.

El interior de la cueva era muy irregular, con entrantes y salientes que parecían nichos bastante profundos. Avanzó unos cuantos pasos y, de pronto, sintió en el hombro un leve golpecito.

Un escalofrío sacudió su cuerpo. Permaneció quieto, transpirando copiosamente. Era una mano, no cabía duda, muy ligera, pero le retenía allí.

¿Por qué? ¿Quién quería atacarle?

Lentamente elevó la linterna para alumbrar al sujeto que tenía a sus espaldas. Mientras, volvía la cabeza muy despacio para ver la mano que tenía apoyada en el hombro.

Un segundo después, exhaló un terrible alarido.

¡Era la mano descarnada de un esqueleto!

En el mismo instante, vio a pocos pasos una extraña luz roja que avanzaba hacia él.

Paralizado por el terror, no atinaba a mover un solo músculo. La luz roja, que proyectaba un extraño haz, se acercó rápidamente a su cara.

Gritó, gritó... y su voz se confundió con los golpes del viento y de las olas contra las rocas. La luz escarlata quemó su frente y, enloquecido por el pánico, dio media vuelta y echó a correr, atravesando la entrada en un instante.

Todavía seguía corriendo, cuando se dio cuenta de que ya no había suelo bajo sus pies. Un horripilante alarido brotó de su garganta al darse cuenta de lo irremediable de su suerte.

Perneó frenéticamente, como si quisiera ganar una imposible carrera contra la gravedad. El impermeable chasqueó al aletear mientras caía.

Una roca puntiaguda se clavó en su vientre. La sensación de dolor duró una infinitesimal fracción de tiempo, porque, inmediatamente, perdió el conocimiento.

Luego, una ola gigantesca lo envolvió en sus húmedos tentáculos y se lo llevó mar adentro, mientras las nubes, el viento y las aguas seguían agitándose, con unos movimientos que habían empezado millones de artos antes y que durarían hasta el fin de la eternidad.

* * *

La muchacha jugaba con un perro lanudo, que corría y saltaba a su alrededor, a la vez que lanzaba alegres ladridos. Jason Theary contempló la escena con la sonrisa en los labios.

Era un cuadro encantador. Ella era muy bonita. Unos rizos rubios escapaban por debajo de un gorro de punto con dibujos de vivos colores. Soplaba un vientecillo poco agradable, y ello la había obligado a vestir un chaquetón con cuello de piel, pantalones de recia pana y botas. Pero Theary estaba seguro de que detrás de aquella cómoda, aunque antiestética vestimenta, había un cuerpo muy esbelto.

El perro le vio de pronto y corrió hacia él, dando grandes saltos. La chica le llamó a gritos:

—¡«Kenny», ven!

El can no hizo caso. Theary, en el primer momento, temió ser atacado, pero pronto se convenció de que el animal no tenía intenciones ofensivas. Al llegar a su lado, se inclinó y le acarició la cabeza. «Kenny» correspondió con un par de afectuosos ladridos.

La chica llegó corriendo y sujetó al perro por el collar.

—Perdone, no queríamos molestarle...

Theary sonrió.

—Al contrario, ha sido un placer. Y tal vez soy yo el que molesta, al pasear por un lugar que acaso sea privado. Pero como no vi ningún cartel que señalase prohibición...

—No está prohibido pasear por aquí, señor —dijo la chica—. Yo

suelo hacerlo con cierta frecuencia. A «Kenny» le conviene el movimiento; de lo contrario, engordaría demasiado.

El perro ladró al oír su nombre. Era un animal simpático, blanco y negro, y movía la cola en señal de afecto.

—No había estado nunca por estos parajes —manifestó él—. Claro que soy forastero... Disculpe, no me he presentado. Me llamo Theary, Jason Theary.

—Yo soy Paula Nesbitt. Vivo en el pueblo. Merton Bay. No se ve desde aquí...

—Aunque accidentalmente, yo también resido en Merton Bay, señorita Nesbitt — declaró Theary—. Pero llegué hace sólo un par de días y apenas he tenido tiempo de ver algo.

—¿Vacaciones? —preguntó la chica.

—Forzosas. Por motivos de salud.

—Lo siento.

—Me curaré, no se preocupe.

Theary paseó la vista por los alrededores. Estaba en una gran explanada cubierta de hierba húmeda, en la que no se veía ningún árbol. La llanura media más de media milla de ancho, por una de largo: era abombada muy ligeramente, aunque sí lo suficiente para no ver el pueblo. Este quedaba en el lado opuesto a la línea que, cortándose bruscamente en el horizonte, señalaba el principio de los acantilados que caían a pico sobre el mar.

Recortándose contra el cielo grisáceo, a unos doscientos metros de distancia, vio Jason una enorme torre redonda, coronada de almenas; observó que faltaban algunas, desprendidas sin duda a causa de las inclemencias del tiempo.

—¿Una torre de vigía? —inquirió.

Paula hizo un gesto negativo.

—No, aunque tal vez, en su origen, tuviera ese objeto. Formaba parte de un edificio que fue destruido hará doscientos cincuenta años, cuando quemaron a la dueña. Los vecinos, decidieron que la torre podía ser destinada al fin que usted ha mencionado, pero el caso es que, a pesar de respetarla, nadie se atrevió a pasar siquiera diez minutos vigilando el mar, para prevenir posibles ataques de piratas o merodeadores del mar.

—De modo que quemaron a la dueña... —exclamó Theary, asombrado.

—La acusaron de brujería. Ya sabe usted cómo las gastaban en aquellos tiempos — sonrió Paula.

—Hace doscientos cincuenta años... Ello debió de ocurrir hacia mil setecientos treinta, aproximadamente.

—Sí, desde luego.

—Pero entonces, ya no...

—Merton Bay era todavía una aldea de pescadores muy aislada. Cuando la justicia quiso intervenir ya era tarde.

—Y no hubo responsabilidades para nadie, supongo.

—Hubo una investigación, pero no se consiguió nada... excepto la maldición de la supuesta bruja.

—Una maldición... —repitió Theary.

—Bueno, casi parece obligado —comentó Paula riendo—. Cuando ya la ataban al poste de la hoguera, la bruja anunció que algún día, uno de sus descendientes la vengaría, no sin dejar antes su firma en el cuerpo de los descendientes de sus verdugos.

—Pero ello no amedrentó a las gentes del pueblo.

—Parece que no. puesto que la quemaron. —1.a chica movió la mano en dirección a la torre—. ¿Se imagina cuál es su nombre? —preguntó —La Torre de la Bruja, no puede ser otro —sonrió Theary.

—Exactamente. Ya conoce la única leyenda de nuestro pueblo. Si es escritor, podría escribir una buena historia, señor Theary.

—Escribo, pero desgraciadamente, números, informes comerciales y cosas por el estilo. No sabría redactar siquiera el título de una novela, aunque me lo dictasen.

Ella se echó a reír. Era una risa fresca, juvenil. plena de vitalidad, rebosante de juventud y de optimismo.

—Bien —dijo a poco—, tengo que regresar al pueblo...

—Podemos hacerlo juntos, si no le importa, señorita Nesbitt —sugirió él.

—Oh, claro... Vamos, «Kenny», a casa; ya es la hora de tu almuerzo.

El perro echó a andar delante de ellos, saltando en ocasiones. La llanura hacía una ligera pendiente, que se acentuaba un tanto a media milla del lugar del encuentro.

Al llegar al borde avisaron Merton Bay, situado en el centro de una espaciosa bahía, protegida por las colinas que se extendían en semicírculo. Cuando llegaban a las primeras casas, caminando ya cerca de la costa, vieron una repentina agitación de personas.

Un hombre pasó corriendo por delante de ellos. Paula le detuvo con un ademán.

—Señor MacBride, ¿qué ocurre?

El hombre se detuvo un instante.

—Angus Warburton ha hecho una pesca extraordinaria: un ahogado —contestó—. Pero lo más asombroso es que, según dicen, tiene marcada en la frente la firma de la bruja.

CAPITULO II

El muerto yacía sobre las frías losas de uno de los muelles pesqueros. Paula no había querido ir a verlo, pero Theary, movido por la curiosidad, se acercó al lugar, donde reinaba una enorme expectación. Era hombre de elevada estatura y casi no le hizo falta situarse en las primeras filas para contemplar el espectáculo.

El cadáver estaba tendido boca arriba, con las ropas desgarradas y señales de golpes en la cara y las manos, que aparecían al descubierto. Un hombre se hallaba arrodillado a su lado, tanteándole con gestos profesionales.

Theary dedujo que debía de ser el médico del pueblo, quien también desempeñaría las funciones de forense. En la frente del muerto vio una extraña señal negra, semejante a una E mayúscula.

La letra, si se podía llamar así, medía casi diez centímetros. De pronto, el médico se levantó y lanzó una exclamación de enojo:

—¡No sean estúpidos! Esa señal es sólo una casualidad; se la hizo al chocar contra las rocas, antes de morir ahogado.

Sonaban murmullos entre los espectadores. Theary no había visto muchos cadáveres, pero pronto supo darse cuenta de la mentira del galeno. No podía ser un médico tan ignorante como para confundir una marca hecha artificialmente, por un método que le resultaba desconocido en aquellos momentos, con la lesión producida por unas rocas.

Y aquella mentira, sin saber por qué, presintió era deliberada. El dictamen del médico no era fruto de la ignorancia, sino que buscaba engañar a las sencillas gentes del pueblo. ¿Por qué?

Al cabo de unos momentos, dio la vuelta y se encaminó hacia su alojamiento. Había alquilado por correo una casa situada en la ladera de una de las colinas que formaban la bahía. Las distancias en Merton Bay no eran grandes, y ello le permitiría hacer un ejercicio físico que había descuidado notablemente en los últimos tiempos.

En Merton Bay había un par de restaurantes, donde se servían excelentes platos de pescado. Comería muchas veces fuera de casa, aunque tenía un frigorífico bien provisto para las ocasiones en que no sintiera deseos de moverse de su residencia.

Una mujer cuidaba de la casa. La señora Breakin. Magde de nombre, se había presentado la víspera, enviada por la persona que le había alquilado el alojamiento. Cuando llegó. Magde ya estaba enterada de lo sucedido.

—Ha tardado dos siglos y medio, pero, al fin, se ha cumplido la maldición de la bruja — recitó, apenas Theary hubo franqueado el umbral.

—Me han contado ese asunto, pero, ¿de veras cree usted que eso

puede ser cierto, Magde?

La señora Breakin hizo la señal de la cruz.

—Tan cierto como que usted y yo estamos hablando en este mismo momento, señor —contestó—. ¿Ha estado en el puerto?

—De allí vengo, Magde —sonrió el joven, a la vez que se acercaba a la chimenea encendida. Estaban en el mes de junio, pero en aquellas latitudes el tiempo era lo suficientemente desapacible como para agradecer el calor de unos leños ardiendo.

—Entonces, habrá visto al muerto...

—Sí, por cierto.

—Y la E marcada en su frente, como prometió la bruja cuando la iban a quemar en la hoguera.

Magde había aparecido con una bandeja, en la que había una botella y un vaso. Theary se sirvió un poco de whisky.

—¿Una E? —preguntó—. ¿Qué significa esa letra, Magde?

—Es la inicial del nombre de la bruja. Se llamaba Evinia McIntock. Dijo que esa letra sería su firma, cuando los descendientes de quienes la iban a matar empezasen a purgar el crimen de sus antepasados.

Ciertamente era una E lo que Theary había visto marcada en la frente del muerto, pero le parecía altamente improbable que una persona muerta doscientos cincuenta años antes volviese del Más Allá para matar a alguien que no había cometido otro crimen que el de tener un antepasado participante en la quema.

—¿Cómo se puede saber si el muerto era descendiente de uno de los que quemaron a la bruja?

—Ella lo ha firmado. ¿Le parece poco, señor?

Theary hizo un gesto de escepticismo.

—Pero si no se conoce todavía el nombre del difunto... —comentó.

—Ella sí lo conoce, señor.

—¿Ella?

—La bruja. Evinia, naturalmente.

Había todavía gentes muy crédulas en esta época, pensó Theary. Magde creía sinceramente en la maldición de Evinia McIntock. El médico, sin embargo, debía de opinar de muy distinta manera.

¿Porqué, entonces, aquella mentira?, se preguntó una vez más.

Hablaría con el galeno en la primera ocasión que se le presentara, decidió mentalmente. —Señor... —llamó Magde su atención.

—Dígame —invitó, volviéndose hacia ella.

La mujer se frotaba las manos con el delantal.

—Merton Bay tiene fama por sus pescados, pero también tenemos buenos rebaños de ovejas. He preparado una pierna de

cordero al horno, en su jugo. ¿Prefiere ir a almorzar a algún restaurante?

—¡De ningún modo! —exclamó Theary vivamente—. Traiga esa pierna de cordero y ruegue para que tenga suficiente carne.

—La tendrá, señor —sonrió Magde.

—Es que, si no. me comería hasta los huesos. Tengo un auténtica hambre de lobo, Magde.

La mujer se echó a reír. Pero se fue murmurando entre dientes algo sobre la firma de la bruja.

—Algunos no dormirán bien esta noche —rezongó mientras salía.

Theary se preguntó quiénes eran los que no iban a dormir bien por la noche. Magde los conocía, era de suponer.

El tiempo empeoró en los días siguientes y, aparte de aumentar la fuerza del viento, cayeron frecuentes chubascos. El mar estaba muy agitado, por lo que las barcas pesqueras tuvieron que ser amarradas en el puerto, por fortuna bien protegido.

El ambiente se había tornado muy desapacible, lo que obligó a Theary a permanecer encerrado en casa prácticamente todo el tiempo. Alguna vez se arriesgó a salir, bien envuelto en un impermeable y con botas de agua, pero en las tres tabernas del pueblo, atestadas de clientes, se le miraba con cierta suspicacia: lo atribuyó a su condición de forastero, conclusión que no le agradó demasiado.

Durante un claro en la lluvia, caminó hasta la llanura donde se había encendido una hoguera doscientos cincuenta artos antes. El viento soplaba allí con fuerza inusitada, y era punto menos que imposible permanecer más de un par de minutos.

Y eso que ahora estamos al final de la primavera, a punto de entrar en el verano —se dio con amargo sarcasmo—, ¿Qué será en pleno invierno?

En aquellos momentos, incluso parecía querer salir el sol. Una vez o dos asomó entre un leve claro, enviando a la tierra unos tímidos rayos; éstos desaparecieron bien pronto, cuando las nubes volvieron a cerrarse, amenazando con otra nueva descarga de lluvia. Theary, en vista de la situación, decidió tomar el camino de su casa, donde, al menos, tendría el alivio de un buen fuego en la chimenea.

Con un libro en las manos; ¿puedo pedir más?

De pronto, una racha de viento hizo revolotear un papel que, hasta entonces, y por hallarse mojado, había permanecido adherido a un pedrusco. El papel se le pegó al húmedo impermeable y, agarrándolo con una mano, se dispuso a arrojarlo a un lado. Pero entonces vio unos extraños dibujos y. movido por la curiosidad, quiso examinarlos.

Unas gotas de agua le dieron en la cara Theary ya no quiso esperar más y giró en redondo. Con gran cuidado, para no rasgar el

papel húmedo, lo dobló y lo guardó en uno de los bolsillos. Con el viento a la espalda caminó rápidamente y no se sintió cómodo, hasta hallarse junto a la chimenea.

Con las tenazas, sostuvo el papel cerca de las llamas, hasta verlo completamente seco. Lo que había dibujado allí, en parte corrido por la lluvia de los días precedentes, era una especie de plano, un croquis que marcaba una determinada ruta, aunque sin nombres o palabras aclaratorias de los distintos accidentes geográficos que se señalaban en el dibujo.

Sin embargo pudo apreciar un bosquejo del pueblo y un sendero que atravesaba determinado lugar, el cual identificó como el llano de la hoguera. La torre de la bruja si estaba marcada y luego, una línea de puntos continuaba más allá de lo que, evidentemente, quería representar la costa acantilada.

¿Adónde iba a parar aquel sendero? ¿Cuál era el objeto del plano? ¿Tal vez indicaba el lugar donde se guardaba un fabuloso tesoro?

No permitas que se desboque tu imaginación se aconsejó a sí mismo, a la vez que doblaba el papel y lo dejaba en la repisa de la chimenea, sujeto por una palmatoria de bronce que había allí, tanto para efectos prácticos como por adorno.

El temporal cesó gradualmente y, dos días más tarde, aunque con abundantes nubes todavía en el cielo, apareció el sol. Theary se dijo que ya era hora de salir a dar un paseo.

En esta ocasión la casualidad vino en su ayuda. Apenas había recorrido un par de cientos de metros, se tropezó con el médico, quien caminaba en sentido contrario con el maletín en la mano.

Theary se detuvo frente al galeno.

—Doctor... Irving Garrity, creo.

—En efecto, señor...

—Theary, Jason, accidentalmente y por motivos de salud, vecino de Merton Bay. —Sólo soy un médico de pueblo, pero siempre me tendrá incondicionalmente a su disposición, señor Theary —declaró Garrity—. Aunque preferiría no tener que atenderle.

—Estamos en el mismo caso —sonrió el joven — . Por fortuna me encuentro bien; sólo necesito una temporada de re poso, sin otro tratamiento.

—Lo celebro infinito. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Si, una cosa. Doctor, usted reconoció al hombre que pescaron en unas redes hace una semana, aproximadamente.

—Se llamaba Dwell Hammill. Era vecino de Merton Bay, desde luego, viudo desde hacía algunos años... ¿Lo conocía usted?

—No, pero he oído hablar de la maldición de Evinia McIntock.

El cuerpo de Garrity se atiesó de inmediato.

—No creo haber engañado a estos palurdos, aunque bien sabe Dios que lo intenté — dijo a media voz.

—Entonces, aquella marca de la frente no había sido causada por un golpe contra las rocas.

—No. Era. si me permite decirlo, una marca al fuego.

—¡Una marca al fuego! —exclamó Theary, atónito.

—En efecto, como las que se hacen a los caballos y a los toros, cuando son jóvenes, para identificarlos y señalar así a sus amos.

Los ojos de Theary se entornaron.

—Entonces, ¿por qué no lo mencionó públicamente? Perdone, doctor; no quiero parecer un entrometido... pero siento mucha curiosidad...

Garrity le miró fijamente durante unos segundos.

Luego dijo:

—Señor Theary, usted parece muy distinto de los cerriles pobladores de Merton Bay. El pueblo me gusta y muchas de sus personas son amables, gentiles, y están dispuestas a ayudar a cualquiera en todo momento, sin pedirle nada a cambio. Pero hay asuntos en los que se comportan como hace doscientos o más años.

—Por ejemplo, en cuanto a la leyenda de la maldición de la bruja.

—Exactamente. Cuando yo llegué a Merton Bay. hace bastantes años, ya oí hablar del asunto, aunque, a decir verdad, apenas si se mencionaba. Era una de esas leyendas que se cuentan al forastero en los primeros días, pero que luego no se vuelven a repetir. ¿Me entiende usted?

—Perfectamente, doctor —sonrió Theary—. Prosiga, se lo ruego.

—Bueno, ya no hay mucho más que añadir, salvo que creo no haber convencido a muchos de que fue una herida causada por las rocas. Alguien se la hizo a Hammill antes de morir, con un hierro al rojo vivo, pero no tengo la menor idea de quién ni por qué, ni cómo se le pudo ocurrir hacer una cosa semejante. Sin embargo, puedo decirle que mi mentira tenía un objeto.

—¿Sí? ¿Cuál, por favor?

—Hace algunas semanas vino a residir en el pueblo una dama. Laureen Framsby. Según mis modestos conocimientos, la señora Framsby es descendiente, por línea directa, de Evinia McIntock.

Theary no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—¿Es cierto eso?

—Conocí a los padres de la señora Framsby. Vivieron relativamente poco tiempo en el pueblo, después de mi llegada. El era un hombre con un gran sentido del humor y le divertía pregonar a los cuatro vientos su ascendencia. La hija, una preciosa muchacha entonces, estaba poco con ellos. Estudiaba en un colegio de Londres,

tengo entendido.

—¿Qué fue de los Framsby, doctor? ¿Ya no viven en Merton Bay?

Garrity hizo un gesto negativo.

—Se mudaron a Edimburgo hace una docena de años y no han vuelto por aquí. Y ella. Laureen, ha regresado hace unas semanas, como digo. Los Framsby tenían propiedades en el pueblo, entre ellas, la casa en que reside actualmente.

—Dice usted que se apellida Framsby, pero también ha mencionado la palabra «señora». Eso presupone un matrimonio...

—Oh, lo dice por el apellido, ¿verdad? En realidad, no sabemos si está o no casada, pero ella se hace llamar así: señora Framsby. Es todo lo que puedo decirle.

—Doctor, me temo que le he robado un tiempo precioso —sonrió Theary.

Garrity sacó del chaleco un anticuado reloj de bolsillo.

—Esto me ha servido para no aguantar a cierta dama que no tiene fama de serlo pero que, en confianza, es una vieja bruja —contestó riendo—. Cuando llegue, ya se le habrán pasado todos los males —se despidió jovialmente.

Theary continuó su paseo. ¿Quién había hecho en la frente de Hammill la marca de la bruja?

Si era cierto, el suceso presuponía algo estremecedor.

—Un asesinato —murmuró.

CAPITULO III

Los pasos, dados de forma casi maquinal, le llevaron hasta la Torre de la Bruja. El día era soleado y apenas si soplaba una ligera brisa, que hacia ondular ciertas zonas verdes de la llanura, donde era más alta. Al acercarse a la torre, la vio en mejor estado de lo que había supuesto, aunque, desde luego, el tiempo había causado daños en la parte más alta, en donde faltaban varias almenas.

La torre tenía varias ventanas, herméticamente cerradas con maderas. Era bastante ancha, lo menos diez metros, de modo que, si descontaba el grosor de los muros, que no bajarían de un metro, quedaban todavía siete u ocho de hueco. Por lo que se apreciaba desde el exterior, tenía cuatro plantas, sin contar la plataforma almenada.

—Incluso, acondicionándola debidamente, se podría vivir aquí —murmuró.

La puerta se hallaba en el lado opuesto al mar y era de recia madera, con los herrajes en buen estado, aunque algo oxidados. Se preguntó si alguien venía de vez en cuando a cuidar de la construcción.

De pronto deseó ver el interior de la torre. Había una especie de picaporte junto a la cerradura y se dispuso a manejarlo, para ver si podía abrir la puerta. Cuando alargaba la mano, la pesada hoja de gruesas tablas giró a un lado.

Las bisagras chirriaron ligeramente. Sorprendido. Theary dio un salto atrás.

Una figura humana apareció en el umbral. Era una mujer y pareció tan sorprendida como el joven en el primer momento, aunque se rehízo de inmediato.

Theary llevaba puesta una gorra a cuadros y se la quitó cortésmente.

—Le ruego me disculpe, señora. No tenía la intención de...

Ella le miraba con curiosidad.

—¿Ha venido a comprar, señor? —preguntó.

—¿Comprar? —repitió el joven, aturdido—. ¿Qué se vende?

La mujer hizo un amplio ademán con el brazo.

—Esto —dijo—. La torre y la llanura. Todo está en venta.

—Lo siento, señora: no he venido a comprar... —De súbito, Theary comprendió quién era la mujer que tenía frente a si—: ¡Usted es la señora Framsby! —exclamó.

Ella hizo una ligera inclinación con la cabeza.

—En efecto, soy Lauren Framsby, señor...

Theary dio su nombre y se disculpó por lo que calificó de osadía al intentar entrar en una propiedad sin permiso del dueño. Lauren

sonrió graciosamente y dijo que no tenía importancia.

—Pero si siente curiosidad por ver el interior de la torre, entre sin preocupaciones — añadió—. Yo me vuelvo al pueblo; cuando se vaya, cierre la puerta al golpe: será suficiente, para que nadie vuelva a entrar, sin la llave, claro.

—Señora, sólo siento no estar en disposición de comprar la propiedad —manifestó Theary—. Lo haría de buena gana, créame.

—No se atormente. He tenido mucho gusto en conocerle, señor Theary.

Laureen se marchó. Theary la contempló durante unos instantes. Era una mujer alta, singularmente esbelta, de abundante cabellera oscura, aunque no negra del todo, y de rostro muy bello, con pómulos ligeramente salientes y ojos algo oblicuos. ¿Un antepasado oriental?, se preguntó.

Debía de tener unos veintiocho o treinta años, calculó, recordando lo que le había dicho el doctor Garrity, aparte de lo que él había podido observar personalmente.

«¿Soltera, casada... o qué?»

Acabó por encogerse de hombros. Luego dirigió la mirada hacia la puerta abierta de par en par.

Entró lentamente. A la derecha vio una escalera de piedra, que seguía la curva interior del muro y terminaba en una plataforma situada casi a cinco metros del suelo. Arriba sólo percibía oscuridad, pero a su derecha, en un saliente, vio un viejo farol de petróleo, utilizado sin duda por la señora Framsby.

El farol estaba aún caliente y volvió a encenderlo. Con él en la mano, subió al primer piso.

Había polvo y telarañas, pero ni rastro de muebles. Al siguiente piso se accedía por una escalera de madera, algunos de cuyos peldaños le parecieron en pésimas condiciones. Puesto que no parecía haber gran cosa que ver, decidió abstenerse de subir al siguiente piso.

—No tengo ganas de romperme una pierna —masculló.

Repentinamente, se oyó un fuerte ladrido en la planta baja.

—¡Quieto, «Kenny»! —sonó una voz femenina—. Ven aquí: ésta no es tu casa...

* * *

Paula estaba en el umbral. Habituados sus ojos a la fuerte luz exterior apenas si captaba detalles del interior de la torre, en la que reinaba un silencio absoluto. De pronto, vio un resplandor en lo alto de la escalera y lanzó un grito de susto.

—No tema, soy yo —advirtió Theary. al comprender la actitud de la muchacha.

—¡Señor Theary! —exclamó ella—. ¿Qué hace usted aquí?

El joven terminó su descenso, sopló la llama del farol y lo dejó sobre la repisa en que lo había encontrado.

—La dueña me dio permiso para curiosear —sonrió.

—La dueña... Usted se refiere a...

Theary movió la cabeza afirmativamente.

—Exacto, me refiero a Laureen Framsby.

—Entonces, la conocía.

—Nos hemos conocido no hace ni media hora. Vine de paseo, me la encontré casualmente... Ella creía que yo era un comprador.

—Un comprador —dijo Paula, cada vez más asombrada—. ¿Qué es lo que vende esa mujer?

—La torre y los terrenos. Son suyos.

—Ahora comprendo. Había oído hablar algo sobre el asunto, aunque nunca hice mucho caso. ¿Piensa comprar?

—No. ¿Qué haría yo con esta propiedad? Aparte de que no tengo el dinero que ella pedirá seguramente por un terreno que mide casi tres kilómetros cuadrados, Y la torre, pese a su leyenda, no deja tampoco de tener cierto valor histórico, aunque esté vacía por dentro.

—Sólo he visto una vez a la señora Framsby. Me pareció muy guapa.

—Sí, lo es —admitió Theary—, Aunque menos que usted —añadió galantemente.

Paula se sonrojó un tanto.

—Como suele decirse, ¿a cuántas se lo ha dicho antes? —rió.

Theary emitió una sonrisa.

—He expresado la verdad, simplemente. —Acarició la cabeza del perro—. Estaba dando un paseo, después de tantos días de permanecer enclaustrado... Usted también, supongo.

—Sí, pero ya me volvía a casa.

—¿Me permitirá que la acompañe?

—Claro, ¿por qué no?

Salieron fuera. Theary cerró de golpe. Dentro de la torre se oyó un sordo estruendo.

—Es muy vieja —comentó Paula—. Cualquier día se derrumbará...

—A mí me parece bastante sólida —declaró él.

—Sólo son apariencias. Vamos, «Kenny».

Echaron a andar. El perro caminaba delante de ellos.

—Paula, ¿conocía usted a Dwell Hammill? —preguntó Theary de repente.

Ella, sorprendida, volvió la cabeza.

—Sí, aunque no tuve tratos con él. Era un individuo muy adusto, poco apreciado en general. Y, además, según dicen, aficionado a la

bebida.

—Por lo cual se piensa que, borracho, caminó sin rumbo y se despeñó por un acantilado. —Eso es lo que se rumorea, aunque también se dicen otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Un Hammill intervino activamente en la quema de Evinia McIntock. Y Dwell apareció con la frente marcada con la firma de la bruja.

—Pero, ¿de veras cree usted en esa leyenda?

—Muchos vieron la señal, señor Theary. ¿Qué se puede opinar en sentido contrario?

—Los muertos no vuelven del Más Allá para trazar una firma con un hierro candente. Paula —objetó él con acento sentencioso.

—Pero el caso es que Hammill apareció con esa señal.

—Sí, hecha por un tipo con un macabro sentido del humor. ¿Sabe qué significa para mí esa inicial grabada a fuego?

—No tengo la menor idea —confesó la chica.

—¡Un asesinato!

Paula se espantó.

—No hablará en serio…

—Muchacha, si alguien grabó esa marca, con un hierro candente, y de eso no hay duda alguna, tuvo que hacerlo cuando Hammill estaba vivo todavía. Luego, naturalmente, lo arrojó por el acantilado.

—Pero, si fue como usted dijo, ¿con qué objeto?

Theary se encogió de hombros.

—Sería cosa de iniciar una investigación: quién tenía motivos de resentimiento contra Hammill, con quién tenía éste conflictos personales o de otra índole… No es ése mi papel aquí, como puede comprender.

—La muerte de Hammill se ha dado como accidental. No habrá investigación oficial.

—No es cosa mía, Paula —insistió él.

Poco más tarde entraban al pueblo. Paula le tendió la mano.

—Parece que vuelve el buen tiempo. Tendremos unas agradables vacaciones —sonrió. —Así lo espero yo —convino el joven.

Era mediodía y la caminata le había acalorado un tanto, por lo que decidió que una cerveza le sentaría bien. Vio una taberna, con la muestra de un delfín y una sirena, cabalgan do sobre los lomos del primero, y abrió la puerta sin pensárselo dos veces.

* * *

La actividad de Merton Bay había vuelto a la normalidad, lo que era la causa de un vacío en la taberna. El dueño, al ver un cliente,

salió del interior y apoyó ambas manos en el mostrador.

—Señor...

—Cerveza, por favor.

El tabernero asintió. Era un hombre de unos cincuenta años, grueso, sanguíneo, con cuello de toro. Llenó una jarra y la puso delante del cliente.

—Me llamo Theary —declaró el joven.

—Le conozco, aunque sólo de vista —manifestó el dueño—. Soy Laird McOgge.

—Encantado, señor McOgge.

¿Hablaría Laird?, se preguntó Theary.

—¿Vacaciones en Merton Bay? —insinuó McOgge

—Forzosas. Salud —contestó el forastero escuetamente.

—Este es un buen clima, pese a todo. Se pondrá bien, señor.

—Eso espero. Señor McOgge, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro. Pregunte sin miedo —sonrió el hombre.

—Usted ya sabe lo que sucedió el otro día...

McOgge meneó la cabeza.

—Dwell Hammill tenía que acabar mal —declaró.

—¿Por qué?

—Era un hombre muy irascible. Casi no había personas en Merton Bay a las que no hubiese provocado en alguna ocasión.

—Provocar... quiere decir insultar, maltratar, aunque sólo sea de palabra...

—Más o menos. No se le llorará mucho, créame.

—Según tengo entendido, un antepasado suyo intervino en la quema de Evinia McIntock.

El rostro de McOgge se contrajo súbitamente.

—Perdone, señor —murmuró—. Tengo que hacer... Son veinte peniques.

Theary puso dos monedas sobre el mostrador. Resultaba evidente que el tabernero no quería hablar más sobre el tema.

—La cerveza estaba muy buena —comentó.

—Gracias, señor.

El tono de voz de McOgge era seco, nada amistoso, aun que tampoco declaradamente hostil. «Simplemente, no quiere seguir comentando el asunto», pensó Theary. McOgge no quería seguir hablando del tema con un forastero que podía ser respetado, pero no apreciado y, menos aún, digno de confianza.

Ante aquella actitud, la curiosidad de Theary subió muchos grados. Se preguntó qué podría hacer para satisfacerla por completo.

—De momento, empezaré por ser paciente —murmuró, mientras cruzaba el umbral de la taberna.

CAPITULO IV

Los pasos, sin rumbo, le llevaron aquella tarde en una dirección opuesta a la llanura donde había sido quemada la bruja. El camino cruzaba una especie de desfiladero, de laderas muy suaves, cubiertas de hierba, con algunos robles. Y al terminar una curva, divisó con gran sorpresa una hermosa edificación, situada en un punto desde el que no se podía ver el mar.

El camino terminaba en la puerta de la tapia que cerraba un jardín. Theary llegó hasta la verja de entrada y contempló el edificio. Este no era demasiado grande, pero tenía dos plantas y ático, de estilo neoclásico y, evidentemente, fue construido en el último tercio del siglo pasado.

Junto a la entrada no se veía ningún cartel o rótulo con el nombre de la propiedad. Había alguien en su interior, no cabía duda, ya que se veía una delgada cinta de humo que salía por una de las chimeneas situadas en el tejado de pizarra. Pero, no queriendo molestar al dueño, decidió dar media vuelta y continuar su camino en otra dirección.

De repente, oyó una voz a sus espaldas.

—¿Le gusta la casa? ¿Tal vez quiere comprarla?

Asombrado, Theary giró en redondo, encontrándose con Laureen Framsby. La joven venía sin duda de dar un paseo, dada la indumentaria que vestía: chaqueta, pantalones y botas. En la mano tenía un pañuelo con el que hasta hacia poco había sujetado sus cabellos, que ahora aparecían largos y sueltos, agitándose en ocasiones a impulsos de la leve brisa que soplaba en aquel lugar.

—Es una construcción preciosa, en efecto —contestó, una vez repuesto de la sorpresa —. Pero, lamentablemente, no tengo intención de comprar. Mi estancia en Merton Bay es sólo accidental y. aunque no pueda excluir mi regreso en el futuro, tampoco es una población como para residir en ella con frecuencia. Usted, me parece, es un vivo ejemplo de lo que acabo de decir.

Laureen sonrió ligeramente.

—Tiene usted razón —admitió, a la vez que hacia una leve inclinación de cabeza —. Pero me gustaría vender todo: la casa con el jardín, y la Torre de la Bruja con los terrenos.

Theary comprendió que la joven pasaba por dificultades económicas. O acaso quería obtener un provecho de algo que ya no le interesaba poseer.

—Merton Bay ya no tiene ningún aliciente para mí —declaró ella — . Tengo muy buenos recuerdos del pueblo en mi niñez; puede decirse que aquí pasé los años más felices de mi vida, pero ahora no querría seguir viviendo por nada del mundo.

Laureen lo miraba fijamente mientras hablaba. Theary se sintió incómodo.

Ella hizo una pausa muy corta y añadió:

—Supongo que ya le han hablado de mí y de mis antepasados. No soy persona muy apreciada en el pueblo, aunque tampoco me importa en absoluto la opinión de esta gente.

—Señora Framsby, le aseguro que yo no comparto esa opinión en modo alguno, ni mucho menos pienso que es usted responsable de los actos de un antepasado. En todo caso, los responsables serían quienes piensan así... pero no por lo que sucedió hace doscientos cincuenta años, sino por lo que pudieran hacer ahora.

—Agradezco sus palabras, señor Theary. Y ahora, con su permiso...

—Un momento, por favor.

Laureen se disponía a abrir la verja y le miró inquisitivamente.

—¿Si?

—Disculpe la curiosidad... pero la casa está un tanto aislada...

—Hay menos de media milla hasta los primeros edificios del pueblo.

—Sin embargo, está en un lugar solitario. Usted... no tiene compañía.

—Si quiere referirse a miedo por vivir sola, le diré que tengo un buen guardián, que evitarla fácilmente cualquier intento de hacerme daño —contestó Laureen. Elevó la voz— ¡«Hurry», ven!

Un enorme perro apareció de pronto, dando grandes sal tos por el jardín. No era un doberman y más parecía un gigantesco lobo con el pelaje tan negro como la noche. Al abrir la boca, mostró amenazadoramente el blanco de los dientes, contrastando de forma ominosa con el rojo de las fauces.

—«Hurry» me es absolutamente fiel —continuó Laureen—. No hará nada mientras yo no se lo ordene... a menos que alguien intente entrar en la casa sin permiso'.

—Evidentemente es la mejor protección que pudiera desear una persona —sonrió Theary—, Señora Framsby. he te nido un gran placer en saludarla y le ruego me disculpe las posibles molestias que haya podido causarle.

—Muchas gracias, señor Theary.

El joven emprendió inmediatamente el regreso a Merton Bay. Desde la curva, a unos cien metros, se volvió y contempló la casa.

Laureen había desaparecido, pero el perro estaba en el jardín, sentado sobre sus cuartos traseros, en actitud vigilan te. Theary comprendió que la dueña de la casa se sentía completamente segura con «Hurry». Nadie se atrevería a ata caria...

—Pero, ¿por qué diablos tendrían que atacarla? —se preguntó

* * *

Sentado junto al fuego, todavía se agradecía el calor de los leños ardiendo, saboreando una copa de jerez. Theary contemplaba fijamente las llamas, cuando entró la señora Breakin con el mantel en las manos.

—La cena estará lista dentro de quince minutos, señor —anunció.

—Gracias, Magde. —Theary pareció salir de su ensimismamiento —. ¿Puedo hacerle una observación?

—Naturalmente, señor. ¿De qué se trata?

—Este mediodía tenía sed y fui a El Delfín y la Sirena. El dueño es un tal Laird McOgge. —Buena persona, aunque un tanto adusto y poco hablador.

—Sí, pude darme cuenta. Traté de comentar con él la muerte de Hammill y mencioné el asunto de la bruja, pero se mostró muy reticente.

—Eso no debe extrañarle, señor —contestó Magde—, McOgge es descendiente de uno de los que quemaron a Evinia McIntock.

—¿Es posible? —se asombró el joven.

Magde extendió el mantel sobre la mesa.

—Si, señor; y si quiere, le daré los nombres de unas cuantas personas cuyos antepasados intervinieron de modo decisivo en la quema de Evinia.

—Pues... se lo agradeceré, pero en otro momento —sonrió Theary.

—Están muy nerviosos —reveló Magde.

—Tal vez creen que la maldición de Evinia se va a cumplir. Al menos, se ha cumplido en uno de ellos.

—Pudiera ser —murmuró la señora Breakin con voz opaca.

—Magde, no irá a decirme ahora que cree en cosas fantasmagóricas...

—Hammill apareció con la firma de la bruja en su frente, tal como ella lo profetizó cuando iba a morir. Yo no creta en la leyenda, pero se ha hecho realidad.

Era una respuesta contundente. Sin embargo, Theary no creía en el origen sobrenatural de la misteriosa marca aparecida en la frente de Hammill.

Alguien lo había hecho, un ser vivo, de carne y hueso, empleando un hierro al rojo. Pero, ¿quién?

—Voy a servir la sopa, señor —anunció la sirvienta.

—Si, cuando quiera, Magde, muchas gracias.

Felicitó a la mujer por su buen arte culinario después de cenar. Y luego, mientras se disponía a saborear una copa de coñac y un cigarro,

le pidió citara los nombres de los deseen dientes de quienes hablan intervenido más decisivamente en la muerte de Evinia McIntock.

Anotó siete nombres, entre ellos el de una mujer.

Pero ya podía tachar un nombre de la lista: el de Dwell Hammill.

* * *

El hombre caminaba a buen paso por la llanura. El cielo estaba completamente despejado y la luna lucia en el cielo, derramando una intensa claridad sobre la tierra.

De cuando en cuando, David Murphy se volvía para ver si era seguido. Estaba solo en el centro de la llanura y eso le tranquilizaba, pero sólo por unos momentos. Al poco rato, volvía a sentirse nervioso y se detenía para mirar en todas direcciones.

Minutos más tarde llegó junto a la Torre de la Bruja. De nuevo se detuvo para explorar los alrededores. Al ver que estaba solo, se acercó a la puerta.

En el mismo momento, la puerta se abrió hacia adentro. Un trazo rojo flotó en el aire delante de él.

Los ojos de Murphy se desorbitaron. Quiso gritar, pero la voz se quebró en su garganta.

Aquella cosa roja despedía un intenso calor cuando se acercó a su frente. El espanto había puesto parálisis a todos sus músculos y sólo reaccionó cuando sintió en la frente el terrible dolor de la quemadura.

El dolor y el pánico le hicieron perder el conocimiento y se derrumbó como una masa inerte.

El resplandor rojo se apagó. En la atmósfera había un desagradable olor a carne quemada que, sin embargo, se disipó rápidamente.

La pérdida del sentido le ahorró saber lo que iba a suceder a continuación. Aunque todavía vivía, había muerto, en realidad, en el momento de sufrir el piadoso desmayo que

le evitó conocer la suerte que correría.

Por la mañana, y para aprovechar el tiempo tan magnífico que hacía, Paula Nesbitt salió a dar un paseo con su perro. A «Kenny» le gustaba corretear por la llanura herbosa, persiguiendo a las mariposas que ya empezaban a hacer su aparición. A veces, alguna gaviota se posaba sobre la hierba y corría a espantarla, lanzando agudos ladridos.

Paula no se dio cuenta de lo que había sucedido hasta que, de repente, oyó que el tono de los ladridos de «Kenny» cambiaba de un modo extraño. Estaba mirando a otro lado y, al volver la vista en aquella dirección, vio algo que le hizo sentir náuseas.

Había un hombre ahorcado en la torre. El cadáver colgaba de

una cuerda enroscada en torno a su cuello y sujeta a algún punto interior de la torre, ya que pasaba a través de una de las ventanas del primer piso. Los pies del muerto colgaban escasamente a un metro del suelo.

Paula se sintió enferma al contemplar el horripilante espectáculo. Pese a todo, reconoció al muerto.

Y también vio algo espeluznante: la E negra en su frente.

—¡La firma de la bruja! —exclamó, sin poder contenerse.

* * *

Estaba Jason Theary en el salón, hojeando un libro, cuando, de pronto, a través de la ventana, vio una figura que descendía a todo correr por el sendero que conducía a la llanura.

Una cosa blanca y negra corría junto a aquella persona.

El perro le permitió a Theary identificar en el acto a Paula Nesbitt.

La muchacha parecía tener una prisa enorme. ¿Le sucedía algo?

Intrigado, y también un tanto aprensivo, salió a la puerta de la casa. Ella no le vio hasta percibir su voz.

—¡Paula! ¿Qué le ocurre?

Ella se volvió. Theary pudo ver una expresión de horror en su rostro.

—Allí… —Paula jadeaba y casi no tenía fuerzas para hablar—. En la torre., un hombre… colgado… Tiene la marca de la bruja en la frente…

La chica se tambaleó. Theary saltó hacia ella y la sostuvo por la cintura.

—Entre en casa y se repondrá —dijo.

«Kenny» les siguió mansamente. Magde había oído las voces y acudió desde la cocina, secándose las manos con el delantal.

—Oh, es la señorita Paula… ¿Qué le ha pasado? ¿Ha sufrido algún accidente?

—Magde, traiga un poco de coñac —ordenó el joven —. Creo que Paula ha visto algo espantoso.

Paula se había derrumbado sobre un sillón. «Kenny», a su lado, gemía lastimeramente. Theary procuró tranquilizarle, acariciándole la cabeza.

La sirvienta vino con el coñac. Un par de sorbos devolvieron en parte los colores huidos de las mejillas de Paula.

—Ha dicho un hombre muerto —advirtió Theary.

—Sí… Es David Murphy… Está ahorcado…

—Se habrá suicidado —opinó Magde—. Sus asuntos no marchaban muy bien en los últimos tiempos.

—¡Pero tiene en la frente la firma de la bruja! —exclamó Paula.

—¡El Señor nos asista! —invocó la sirvienta, a la vez que se santiguaba.

—Magde, habrá que avisar a las autoridades —indicó Theary—. Suicidio o no, con o sin marca de la bruja, se trata de una muerte violenta.

—Sí, señor... Ahora mismo iré a dar cuenta...

Magde se marchó. Theary se sentó frente a la muchacha y frotó sus manos sucesivamente.

—Procure reportarse, Paula —aconsejó—. Nada se puede hacer ya por ese desgraciado, y usted debe esforzarse por olvidar lo que ha visto.

—Creo que lo recordaré durante toda mi vida —dijo ella, irguiéndose un tanto en el sillón — . Yo había salido a dar un paseo con «Kenny» y no me di cuenta de nada, hasta que el perro empezó a ladrar furiosamente. Murphy está colgado de una cuerda, sujeta al interior de la torre, a través de una ventana...

—¿Cómo puede ser eso? —se extrañó el joven — . Tuvo que verla casi desde el principio...

—Está en el lado oeste. Cuando se llega desde el pueblo, ese lado queda oculto a la vista. Y si no hubiera sido por «Kenny», yo no habría visto nada.

Theary se mordió los labios.

—¿Dice que tiene en la frente...?

—Sí, de eso no hay la menor duda. Estaba solamente a cinco o seis pasos, pero esa letra fatídica resulta claramente visible. Le aseguro que no me engaño ni es ninguna fantasía. —Por favor, no se me ocurriría pensar nada semejante —protestó él—, Pero he oído un nombre... Murphy, me parece.

—Sí, David Murphy. Lo reconocí, a pesar de todo.

Theary frunció el entrecejo.

—Otro de los descendientes —murmuró.

—¿Cómo? —se extrañó Paula.

—Pero, ¿no lo sabe? Lo mismo que Hammill, Murphy era descendiente de uno de los que intervinieron más activa mente en la muerte de Evinia McIntock.

CAPITULO V

Al atardecer Magde le dijo que iba a ocurrir algo, y Theary sintió una viva curiosidad por hallarse presente en el suceso. Tras ponerse la chaqueta, salió de la casa y se encaminó en dirección a El Delfín y la Sirena.

La taberna estaba atestada de gente. El humo invadía todos los rincones. Detrás del mostrador. McOgge parecía presidir la reunión, convocada, sin duda alguna, a causa de la trágica muerte de Murphy.

Una mujer peroraba con violentas frases cuando Theary entró en la taberna, sin que su llegada pareciese ser apreciada por la mayoría de los presentes. La mujer era alta, membruda, de rostro duro y cabellos grises, pero no tenía tanta edad como aparentaba. Theary le calculó cuarenta y cinco años.

«Y un genio infernal», pensó.

De pronto, dijo algo que provocó protestas entre alguno de los asistentes.

—¡Eso no puede ser, Heather Foyle! —dijo uno—. Estamos en un mundo civilizado. No podemos tomarnos la justicia por nuestra mano y menos en una persona cuya culpabilidad no ha sido probada.

—¡Pues yo os digo que ha sido ella! —tronó la mujer—. ¿Quién, si no, podría tener interés en vengarse de algunos de nosotros?

—Tú lo has dicho bien, Heather —intervino otro—. Tiene interés en vengarse de «alguno» de vosotros. Pero los demás no tenemos nada que ver con el asunto.

—Esto concierne a todo el pueblo. ¿Somos o no vecinos de Merton Bay?

—¿Estás acusando a la joven que vive en las colinas del este? —preguntó un tercero.

—¿Y por qué había de ser ella precisamente? —exclamó otro más.

El poderoso pecho de la mujer se hinchó tempestuosamente.

—Os lo recordaré, sobre todo, si sois tan olvidadizos —exclamó—. Laureen Framsby es... se cree, descendiente de la bruja... pero yo pienso algo más todavía. ¡Es la misma bruja!

Algunos protestaron ruidosamente. Otros rieron con claras muestras de burla. Heather Foyle se encrespó más toda vía, pero antes de que pudiera decir algo, un hombre se puso en pie y la señaló con el dedo:

—Te diré una cosa, Heather: yo no creo en absoluto en absurdas leyendas. Puede ser cierto que, hace doscientos cincuenta años, una mujer fuese puesta en la hoguera. Incluso pudo lanzar una maldición: muchos condenados a muerte lo hacen. Y algunos, incluso, son vengados por sus familiares... ¡pero los muertos no vuelven del Más

Allá para castigar a sus asesinos!

—Entonces, ¿qué diablos piensas, Roy Knowles? —tronó la mujer.

—Lo que pienso yo es lo que piensan muchos que nada tenemos que ver con este asunto: algo relacionado con lo que se dice ocurrió en el cuarenta y dos, y que no se ha podido demostrar todavía satisfactoriamente. Es otra leyenda como la de maldición de Evinia, pero unos cuantos han creído que es realidad y tratan de eliminar a posibles competidores.

—¡Absurdo! —exclamó McOgge, interviniendo por primera vez desde que Theary entrase en la taberna.

—Absurdo, ¿qué? —preguntó Knowles.

—Nada —se apresuró a decir el tabernero, como arrepintiéndose del comentario hecho imprudentemente.

—Pues yo digo que es cierto —exclamó un hombrecillo de voz delgada y nariz ratonil, de unos cincuenta años de edad.

—Tú te callas. Sam —ordenó la señora Foyle—, Deja que yo hable; es mi obligación.

—El conejo y la tigresa —se burló alguien a media voz, junto a Theary.

El joven se volvió.

—¿Son esposos?

—Si —confirmó el sujeto—. Ella es terriblemente dominante...

—Salta a la vista —observó Theary.

—No tiene nada que ver con el asunto del cuarenta y dos —manifestó Heather Foyle—. Son dos asuntos distintos, os lo puedo asegurar.

—Puede que lo sean, pero sólo tú y algunos más habéis tenido siempre interés en el asunto del cuarenta y dos. Primero Hammill, luego Murphy... y otros más, sin dejarte a ti de lado. Roy, naturalmente.

Otro de los presentes se puso en pie.

—Si crees que Laureen Framsby tiene algo que ver con estas dos muertes, presenta una denuncia formal —declaró firmemente—, ¿Para qué diablos querría ella quitar de en medio a unos tipos que no le habían hecho el menor daño?

—Su abuelo estaba aquí en el cuarenta y dos, todos lo sabemos.

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿Le interesa ese asunto o es la bruja reencarnada? — preguntó otro de los asistentes a la reunión.

Heather pareció sentirse desconcertada. Durante unos segundos guardó silencio, lo que aprovechó Theary para inclinarse hacia su vecino.

—¿Qué demonios es el asunto del cuarenta y dos? —preguntó.

—Cien mil libras esterlinas. De la época, señor —contestó el

hombre.

Un tesoro, se dijo Theary. Ahora valdría al menos una cifra diez veces superior. Nada menos que un millón de libras.

—No es una minucia —comentó con voz neutral.

—En resumen, ¿no hacemos nada? —preguntó Heather a grandes voces.

—Querida, yo opino que... —empezó a decir el señor Foyle, pero no pudo continuar. —Tú te callas, Sam —repitió ella ásperamente a la vez que se ponía las manos en los costados—. Vamos a ver, hombres de Merton Bay, ¿qué contestáis a mi proposición? Ocho o diez manos se alzaron. Muchas más permanecieron inmóviles, apreció Theary. —Ve tú si quieres —dijo uno—. A mi esa joven no me ha hecho el menor daño. —Además, ¿qué prisa tienes? ¿No ha venido a vender? —terció otro.

—Pero, ¿qué es lo que pretende Heather? —preguntó Theary nuevamente a su vecino.

—Echar a la señora Framsby —respondió el interpelado, entre chupada y chupada a una apestosa pipa.

A Theary le pareció que la señora Foyle pretendía algo más. Parecía odiar a Laureen. ¿Por qué?

—Sois unos cobardes —apostrofó Heather a los concurrentes—. Ella lo ha hecho y nadie se atreve a alzar un dedo.

Un hombre se puso en pie.

—No podemos salimos de la ley —advirtió

—La ley somos nosotros —tronó Heather.

Se oyeron algunos silbidos de burla. El rostro de la mujer se puso cárdeno de ira.

—Miserables... Alguno, al oírlo, diría que estáis castrados mentalmente. Yo pienso que también lo estáis físicamente.

—¿Incluso tu marido? —replicó un chusco.

Una tempestad de risas estalló súbitamente. Sam Foyle se levantó para vengar lo que estimaba un insulto, pero ella, agarrándolo por un hombro, le hizo sentar de nuevo.

Luego se arremangó los brazos.

—Ven aquí, Theo MacDonald —le retó—. Ven y repíteme lo que acabas de decir...

McDonald le contestó con un gesto de clara obscenidad, hecho con la mano derecha en la entrepierna.

—Yo no estoy castrado —contestó, despectivo—. Y no me gusta pegar a las mujeres, aunque algunas se lo merezcan.

La reunión empezó a disolverse. Theary juzgó que ya había visto y oído bastante y pensó en emprender la retirada.

Heather Foyle pasó por delante de él, abriéndose paso con su poderoso corpachón, como un barco en la tempestad. Iba seguida por

su dócil esposo, y Theary aún pudo oírla murmurar frases amenazadoras contra Laureen Framsby, cosa que no le gustó en absoluto.

Poco más tarde, Jason se encontró casualmente con el médico.

—Tengo que decirle algo —manifestó Garrity—. Necesito que me haga un favor, amigo Jason, si me permite llamarle por su nombre.

—No faltaría más, doctor —sonrió el joven —. ¿Qué puedo hacer por usted?

Garrity extrajo de su bolsillo un papel doblado, que puso en manos de su interlocutor.

—Lo encontré al registrar las ropas de Murphy. No sé lo que puede significar, pero me imagino que usted sabrá descifrarlo. Ya me dirá algo cuando haya encontrado una solución para lo que estimo un extraño enigma.

Intrigado, Theary desplegó el papel. A la luz de un farol cercano pudo ver que se trataba de un dibujo como el que había encontrado días atrás en la llanura.

Sin embargo, supo ocultar su asombro y no quiso mencionar el hallazgo anterior.

—Haré lo que pueda, doctor —prometió—. Pero, ¿por qué yo precisamente?

Garrity le hizo un guiño de complicidad.

—Usted lo sabe mejor que yo —contestó—. Buenas noches, Jason.

—Buenas noches, doctor.

El galeno se alejó y Theary emprendió el regreso a su casa. Cenó con buen apetito y luego, en el salón, estudió nuevamente el dibujo que le había entregado Garrity, comparándolo con el otro.

Aunque trazados evidentemente por manos distintas, eran muy parecidos. Los errores eran mínimos, pero su significa do. se dijo, era idéntico.

¿Qué señalaban aquellos croquis?

¿Quién había mencionado cien mil libras esterlinas? ¿Qué era el asunto del cuarenta y

dos?

Debería habérselo preguntado al médico, pero éste parecía tener prisa. No obstante, creía saber quién podía informarle sobre el particular.

Y también pensó que era su deber enterar a la señora Framsby de lo sucedido en la taberna. Heather Foyle se le había hecho antipática desde el primer momento, y no le agradaba en absoluto la actitud tomada hacia Laureen.

* * *

—Me alegra verla —dijo al día siguiente, sonriendo—, y no quiero emplear la socorrida excusa de «Pasaba por casualidad...» Lo he hecho a propósito, para enterarme de su estado. ¿Cómo se encuentra, Paula?

La muchacha sonrió también. Estaban en la puerta del jardín, adonde ella había salido a recibirle, al verle detenerse ante la entrada. «Kenny» movía alegremente la cola. —Mucho mejor, gracias, aunque es una impresión que no se me borrará tan fácilmente de la memoria —contestó.

—Estas cosas resultan difíciles de olvidar, ciertamente, pero el tiempo suaviza los recuerdos y la impresión se desvanece finalmente. Bien, puesto que está mucho mejor, no tengo más que decir...

—¿No quiere pasar y tomar una taza de té conmigo?

—Me disgustaría ser fuente de molestias para usted. Paula.

—Al contrario, será un placer, señor Theary.

—Por favor, llámeme Jason —rogó él.

Los ojos de la chica despidieron vivos destellos.

—Claro, Jason.

Theary cruzó la puerta. Hizo unas cuantas caricias al perro y avanzó hacia la casa junto a la muchacha. Ella le hizo pasar a una salita agradablemente decorada y se marchó para preparar el té.

Momentos después, regresó con una bandeja en las manos.

—Por ahora estoy yo sola en el pueblo. Mis padres vendrán más tarde; casi a primeros de agosto —explicó, mientras llenaba las tazas —. El tiene bastante trabajo y me aconsejó que viniera aquí, para reponerme de mis esfuerzos en los estudios. Trabajé bastante, ¿sabe?

—Pero tiene un aspecto magnífico. Por cierto, ¿qué estudia?

—El arto próximo me graduaré en Historia del Arte. Me gusta.

—Lo celebro. ¿Doctorado?

—Por ahora sólo licenciatura. El doctorado llegará más adelante, cuando me juzgue preparada para ello. No quiero sólo un titulo decorativo, sino algo que represente verdadera mente lo que he podido alcanzar.

—Me alegraré de que lo consiga —manifestó él—, Y ahora, aunque no se trate precisamente de Historia del Arte, sino de otra clase de historia, ¿podría decirme usted qué es el «asunto del cuarenta y dos»? Supongo que la cifra se refiere a una fecha, pero ignoro todo lo demás, salvo que es algo en lo que está mezclada nada menos que la suma de cien mil libras esterlinas.

—¡El asunto del cuarenta y dos! —exclamó Paula, viva mente sorprendida—. Pero, ¿es posible que haya gente que crea todavía en ello?

—Al parecer, así es. Anoche lo escuché y había algunas personas

que parecían estar persuadidas de que es un hecho absolutamente cierto.

Paula meneó la cabeza con gesto escéptico.

—Para mi, no deja de ser otra leyenda, porque no creo en ella. Además, no existen pruebas fundadas sobre su veracidad. Alguien se lo inventó... Todavía no había nacido yo, claro, aunque no sé qué podría obtener de su invención... Pero el hecho es que. de cuando en cuando, el asunto del cuarenta y dos vuelve a salir a la superficie. Se activa durante un tiempo y luego vuelve a desaparecer.

—Como una serpiente de verano —sonrió Theary.

—Si, desde luego. Bueno, se dice que en ese arto un submarino alemán emergió cerca de la costa, transportando un grupo de espías y saboteadores que tenían que encontrarse con su enlace en tierra. Venían bien provistos de dinero y, por supuesto, de armas y material, pero jamás se supo si habían conseguido su propósito y, según tengo entendido, nunca se encontraron las armas ni los pertrechos. Menos, todavía, el dinero.

—En aquella época, y aun en ésta, cien mil libras son una suma muy respetable.

—Y en oro, como se asegura, más todavía —añadió la chica—, Pero no es más que una fantasía, inventada por alguien con mucha imaginación. Si hubiera sido cierto, ya se sabría de forma irrefutable, ¿no le parece?

—Habría constancia en los archivos oficiales, pero esta clase de operaciones secretas suelen dejar muy poco rastro. En Alemania la documentación resultó tal vez destruida en un bombardeo. Y aquí, en Inglaterra, ¿quién podría afirmarlo sin lugar a dudas?

—Por eso yo no pierdo el sueño por las cien mil libras —rió Paula—. Otras cosas mucho más graves consiguen des velarme, se lo aseguro.

—Es verdad —convino Theary—. Sin embargo, nada de lo sucedido puede afectarla a usted. Sufrió una desagradable impresión, pero ya se le pasará.

—Eso espero, Jason.

Theary se puso en pie.

—Gracias por todo. Paula —dijo.

Ella alargó su mano.

—Venga siempre que guste —respondió.

CAPITULO VI

El negro can se acercó a la verja y gruñó amenazadoramente, a la vez que enseñaba los dientes. Theary mantuvo las manos lejos de los hierros; no sentía el menor deseo de perder un par de dedos de una feroz dentellada.

A los pocos instantes se oyó una voz de mujer:

—¡Quieto, «Hurry»! Apártate, vamos...

El animal se retiró unos pasos. Laureen caminó vivamente hacia la entrada.

—¡Echate, «Hurry», y no te muevas hasta que yo te lo diga! —ordenó.

Mansamente, el perro se tendió, pegando el vientre al suelo, pero sin apartar los ojos del visitante. Laureen llegó junto a la verja y sonrió.

—¿Quiere pasar, señor Theary?

—Si no tiene inconveniente en recibirme...

—La verdad es que no viene mucha gente a verme —manifestó ella, haciendo girar una de las hojas de la puerta enrejada — . Algunos me consideran como una apestada, usted ya sabe por qué. Otros no sienten interés en relacionarse conmigo y el resto, si queda alguno, se sienten indiferentes y piensan que no tienen por qué venir a visitar a una residente accidental.

—Creo que yo no pertenezco a ninguna de las tres especies —contestó Theary jovialmente—. Y, desde luego, no tengo nada contra usted, sino todo lo contrario.

Ella le miró de un modo peculiar. Theary contempló sus pupilas, muy claras. Parecían amarillas... ¿o tal vez era un momentáneo reflejo de los rayos del sol que le daba de lleno en la cara?

—Venga y tomará una copa —invitó la joven.

—Será un placer, señora Framsby.

—Por favor, no use protocolo conmigo. Ya conoce mi nombre, supongo.

—Y usted el mío —dijo él audazmente.

—Claro, Jason.

Theary pasó junto al perro que, permaneciendo inmóvil y en la misma posición, hacia girar su cabeza para seguirle con la vista.

Ella se dio cuenta de sus aprensiones.

—No tema, «Hurry» ya no le atacará, a menos que usted intente dañarme físicamente o si yo se lo ordenase de una forma expresa, mediante una palabra clave que no quiero pronunciar en estos momentos.

—Si, comprendo.

Entraron en la casa. Había conocido tiempos mejores, sin duda,

apreció el visitante. Había un salón muy grande en el que se notaba claramente la falta de elementos de la decoración. En otros tiempos, había existido allí un lujo poco común en un pueblo como Merton Bay.

—¿Whisky o jerez? —consultó Laureen.

—Dada la hora, lo primero —indicó Theary.

Ella señaló un diván y el joven se sentó. Después de ofrecerle la copa. Laureen lo hizo frente al huésped.

—¿Y bien? —dijo, inquisitiva.

Theary la miró por encima del borde de su copa.

—Usted se ha dado cuenta de que he venido a decirle algo importante.

—No está aquí sólo para hablarme del tiempo, ¿verdad?

—Es cierto. —Theary tomó un sorbo—. La creo enterada, supongo, de la muerte de un tal Murphy, descendiente de uno de los que quemaron a su antepasada, Evinia McIntock.

—Sí, estoy enterada.

—Bien, anoche hubo una reunión en una de las tabernas del pueblo. La verdad es que se profirieron varias frases muy desagradables contra usted, aunque también es cierto que algunos protestaron.

—En Merton Bay hay gentes tan cerriles como hace doscientos cincuenta años — comentó Laureen fríamente.

—De acuerdo, pero no conviene desdeñar sus opiniones ni su actitud. Yo he venido a decirle que esté preparada. Una mujer parecía llevar la voz cantante en los comentarios hacia usted, y decía cosas verdaderamente repulsivas.

—¿Se refiere a Heather Foyle? —sonrió Laureen.

—Si. ¿Cómo lo sabe usted? —se asombró el joven.

—Aunque no existiese ninguna leyenda sobre Evinia, ella seguiría siendo hostil a los Framsby. Naturalmente, aprovecha mi parentesco con la infeliz mujer quemada hace dos siglos y medio. Pero los motivos son mucho más actuales.

—¿Puedo conocerlos. Laureen?

Ella suspiró.

—Celos, simplemente. Hace algunos años, ella tenía un pretendiente... Bueno, primero he de decirle que ya era viuda de un primer esposo. Su pretendiente fue un día a Edimburgo; quería comprarnos unas tierras que le interesaban. No le gustaba el oficio de pescador, pues el mar le producía verdadero pánico.

—A veces, pasa, incluso en pueblos que viven de la pesca —sonrió Theary—. Continúe, se lo ruego.

—Era un hombre muy agradable —calificó la joven — . No sé qué podría haber visto en Heather para pretender casarse con ella,

pero sospecho que, cuando vino a visitarnos, ya se había dado cuenta de su infernal mal genio y decidió cortar sus relaciones con esa mujer. Ella sostuvo siempre la teoría de que estaban prometidos, cosa incierta, y que yo le había embaucado hasta el punto de hacerle olvidar su compromiso. Es una mujer que no sabe reconocer la realidad, terriblemente ególatra, y que a toda costa quiere que las cosas sucedan de acuerdo con sus conveniencias.

—Entonces, no hubo nada entre usted y…

—Era un hombre muy agradable, pero tenía veinte años más que yo. y al insinuar algo sobre nuestro posible matrimonio, manifestó su deseo de que viviésemos en Merton Bay. A mí no me seducía la idea de enterrarme en vida en este pueblo. La estancia aquí se aguanta durante unas semanas, pero toda la vida es algo insoportable.

—Comprendo.

—El hombre se dio cuenta muy pronto de mi desagrado y no insistió en algo que, realmente, apenas había esbozado. Compró las tierras, se estableció y eso fue todo, excepto que

Heather continúa considerándome culpable de la ruptura con su pretendiente.

—Pero luego se casó con Sam Foyle.

—Mejor se diría que «cazó» a un infeliz —contestó Laureen crudamente—. Esa mujer no se siente a gusto, si no es teniendo a alguien bajo el pie. Ahora se han producido unos asesinatos misteriosos y, como todavía le dura el despecho, pero más todavía por otra razón que le diré, trata de echar a la gente del pueblo contra mí.

—La cosa no ofrece duda, en efecto. Y. ¿cuál es esa razón…?

—Ahora lo sabrá. El frustrado pretendiente de Heather compró ovejas para hacerlas pastar en las tierras que le habíamos vendido. Progresó notablemente y consiguió una fortunita. Ahora tiene un par de pastores empleados y él vive tan ricamente en Glasgow. Heather no puede consolarse de tener que seguir en Merton Bay, cuando podría vivir como una reina en aquella ciudad —concluyó Laureen con una amplia sonrisa.

—Eso se llama rencor.

—Odio, diría yo, pero no me importa en absoluto, se lo aseguro. Jason.

—En su lugar, y perdone la intromisión, yo tendría algo más de cuidado, Laureen. Una mujer resentida por celos amorosos y económicos puede proporcionar malos ratos.

—Tengo a «Hurry». Que se atreva a tocarme y ya verá lo que le pasa —contestó Laureen despectivamente.

—Espero que no ocurra nada —deseó él—. Pero todo esto que hemos comentado, ¿no tendrá algo que ver con el «asunto del cuarenta y dos»?

Laureen se puso rígida súbitamente, cosa que Theary no dejó de advertir. Las facciones de la joven se tensaron un instante, aunque volvieron muy pronto a su expresión habitual.

—Todo eso no es más que una fantasía —desdeñó—. Alguien se inventó una historia de espías y dinero escondido en alguna parte. Pero... no hay la menor sombra de realidad, puedo asegurárselo.

A Theary le pareció que Laureen no era sincera en su respuesta, pero no quiso insistir. «A fin de cuentas, es un asunto que no me importa», pensó.

¿O si le importaba?

¿No le había dado el médico un papel con unos signos para que lo descifrase? Aquellos dibujos, ¿tenían alguna relación con el asunto de los espías desembarcados de un submarino en el año mil novecientos cuarenta y dos?

Sonriendo, se puso en pie.

—Gracias por todo. Laureen.

—Soy yo quien debe dárselas, por haberse tomado la molestia de advertirme de lo sucedido anoche. Lo tendré en cuenta. Jason.

—Espero que los propósitos de la señora Foyle pueden solamente en palabras —dijo él. —Yo también, pero... si se atreve a algo, peor para ella.

Había una clara nota amenazadora en la voz de la joven. Theary supo así que Laureen no se quedaría quieta, si era atacada.

«Hurry» continuaba en la misma actitud cuando llegaron a la verja.

Entonces Laureen se inclinó y puso una mano sobre la cabeza del perro, mientras con la otra señalaba al visitante:

—«Hurry», éste es amigo. No le ataques jamás —ordenó.

El perro se levantó y, acercándose a Theary, le olfateó durante unos momentos, como si quisiera impregnarse de su olor corporal. Luego volvió a echarse.

—Ahora ya podrá entrar y salir de aquí tranquilamente —sonrió Laureen.

Theary volvió a mirarla. ¿Qué había en aquellos ojos que, a veces, parecían despedir chispas de fuego amarillo?

—Adiós, Laureen —fue todo lo que acertó a decir.

Cuando llegó a su casa, Magde le entregó una carta.

—La han traído para usted, señor —informó.

Perplejo. Theary observó que la carta estaba sin franqueo y sin matasellos. Rasgó el sobre, invadido por la curiosidad, sacó una cuartilla y leyó algo que le hizo lanzar una interjección entre dientes.

Era una nota muy breve, pero de contenido altamente significativo: «Eres un forastero. Deja los asuntos del pueblo para las gentes que viven en él. No metas tu nariz en cosas que no te

interesan... o te la chamuscarás.»

* * *

—Hace una mañana deliciosa —comentó Theary al día siguiente —, ¿Por qué no nos damos un paseo los tres?

—¿Los tres? —repitió Paula, sorprendida —. Yo sólo le veo a usted... y conmigo, sólo somos dos.

—¿Qué me dice de «Kenny»?

Ella se echó a reír.

—Es verdad, lo había olvidado —exclamó—. Sí se entera, se enfadará.

—No se lo diremos —contestó Theary jovialmente.

—Está bien, aguárdame unos minutos, por favor.

—Claro. Paula.

Ella salió a poco, ataviada con blusa, chaquetón corto, pantalones y unas botas ligeras. El perro corría y saltaba en torno a los dos, mientras, en los primeros momentos, charlaban de temas intrascendentes.

Como si no se diera cuenta de ello. Theary dirigió sus pasos hacia la llanura. Cuando ya llegaban al borde, sacó algo del bolsillo y se lo enseñó a la muchacha.

—Dígame. Paula, ¿qué le parece?

La chica leyó el mensaje que él había recibido la víspera y se sintió enormemente sorprendida al conocer su amenazador contenido.

—¿Quién se lo envió? —quiso saber.

—No lo sé. Es un tipo muy modesto; le gusta el anónimo —dijo él mordazmente.

—Pero... usted no...

—El autor del mensaje, opina que sí.

—¿Ha hecho algo. Jason?

—¿Qué puedo hacer yo? Escuchar comentarios... y comentarlo a mi vez con personas de confianza, o con alguien que fue aludida en dichas murmuraciones.

—Sin duda, se refiere a Laureen Framsby.

—En efecto, así es.

—Yo también he oído cosas poco agradables, pero estimo que son mentiras. No he tenido trato con ella, y pienso que es una mujer excelente en todos los sentidos.

—Se lo diré cuando la vea —sonrió él.

—Ha hablado con Laureen, supongo.

—En más de una ocasión. Me pareció que era lo mejor que podía hacer, me refiero a ayer, cuando fui a contarle lo que había dicho Heather Foyle acerca de ella.

Paula hizo un gesto de desagrado.

—Heather es una mujer verdaderamente repulsiva. Por mucho que lo pretenda, la verdad es que en Merton Bay tiene muy pocas simpatías —manifestó.

—Pero es persona muy dominante, capaz de arrastrar fácilmente a personas más débiles o con poca capacidad de discernimiento propio.

—Si, tiene alma de líder político... dictatorial —convino Paula —. De todos modos, gran parte de su fuerza se le va por la boca.

—La boca, a veces, puede resultar un arma más poderosa que una pistola —advirtió él con acento sentencioso.

—Ladra mucho, pero muerde poco. Aunque tampoco conviene fiarse. Jason.

—Eso es lo que le aconsejé a Laureen. Y ahora, ¿qué le parece si hablamos de otra cosa, Paula?

—¿De qué? —se extrañó, la muchacha.

Theary sacó el papel que le había entregado el médico la víspera, y lo extendió de modo que ella pudiera contemplarlo también.

—Vamos a ver si podemos descifrar este enigma, Paula.

CAPITULO VII

Los ojos de la chica estudiaron los dibujos trazados sobre el papel.

—Parece un plano... o un mapa...

—Eso es lo que yo creo —convino Theary—. Mire, aquí está marcado uno de los senderos que cruzan el llano. Viene directamente del pueblo y termina a poca distancia de la Torre de la Bruja.

—En los acantilados.

—Exactamente. ¿Seguimos?

—Si, vamos a ver qué sucede.

—Murphy tenía este papel en uno de sus bolsillos —explicó Theary—, El médico lo encontró al registrar sus ropas, antes de desnudarle para la autopsia. El no supo entender lo que significaba, y me lo dio para ver si yo podía descifrarlo.

—¿Se cree capaz de hacerlo?

—Al menos, lo intentaré.

Momentos después llegaban al borde del acantilado. Paula se asomó un poco, estremeciéndose al ver la profundidad que había hasta las rocas constantemente azotadas por el océano.

El mar estaba relativamente tranquilo, pero el movimiento de las olas no cesaba jamás. Una persona que cayera desde aquella altura perecería indefectiblemente, pensó, tal como le había sucedido a Dwell Hammill.

Pero, además de morir horriblemente destrozado, Hammill había sufrido el fuego de la firma de la bruja en su frente. ¿Podía creerse en una intervención sobrenatural en aquel espantoso suceso?

La voz de Theary la arrancó súbitamente de sus lúgubres meditaciones:

—; Paula, ya lo tengo!

Ella sacudió la cabeza, como si quisiera alejar de sí pensamientos nada agradables.

—¿De qué se trata, Jason?

—Mire —dijo él, señalando un punto en el papel—, aquí se inicia un sendero que desciende por el acantilado.

—¿Se atrevería a bajar? —preguntó Paula.

—¿Por qué no? Vamos a ver...

Theary recorrió lentamente el borde del escarpado, hasta que, de pronto, vio algo que le hizo lanzar una exclamación:

—¡Paula, aquí!

La chica corrió hacia él. Había una pequeña mella en el borde, evidentemente trazada por la mano del hombre, aunque ya hacia muchísimos años. Allí se iniciaba una angosta senda, a menos de cuarenta metros de la torre, que descendía con ligera inclinación

siguiendo una línea aproximadamente paralela a la base de la costa.

—Por aquí, Paula. Yo iré primero: el sendero es muy es trecho, aunque parece seguro — opinó él.

Paso a paso. Theary inició el descenso, agarrándose en ocasiones a los salientes del escarpado. Ella le seguía, procurando pisar en el mismo sitio que lo hacia el joven, quien

se cercioraba de que el suelo no fallase bajo sus pies, asentando firme y sucesivamente cada uno antes de dar el siguiente paso.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, se encontraron con una enorme roca que les cerraba el paso.

El sendero quedaba cortado bruscamente. Una exclamación brotó de los labios de Theary, claramente decepcionado por algo que no esperaba.

—No se puede seguir —dijo.

La roca, enorme, con forma de huevo algo alargado, salía incluso fuera del acantilado. El paso al otro lado resultaba imposible.

—Tendremos que volvernos, Jason —dijo ella — . Ya no hay nada más...

Mordiéndose los labios. Theary miró y remiró el papel, viendo signos que no acababa de comprender. La torre estaba también señalada, con algunos trazos que le resultaban completamente ininteligibles.

—¿Por qué dos hombres tenían en su poder un mismo dibujo? —murmuró.

—¿Qué dos hombres? —preguntó la chica.

—Uno. Murphy. El otro... no lo sé; encontré un papel en la llanura, poco después de la muerte de Hammill.

—A lo mejor lo perdió él cuando venia por aquí. Aquellos días hizo un tiempo infernal y llovió mucho —recordó Paula.

—Si, es cierto—. Theary suspiró—. En fin, puesto que no podemos continuar, daremos media vuelta. Ya buscaremos la solución por otro medio, aunque, de momento, no se me ocurre ninguna idea...

El joven se calló bruscamente. Por encima de sus cabezas acababa de sonar un extraño crujido.

Instintivamente, levantó la cabeza. Apenas un segundo después, lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado. Paula!

Ella, desconcertada, no atinaba a reaccionar. Theary se arrojó sobre ella y la empujó contra la pared, rodeándola con ambos brazos.

Una masa oscura descendió silbando de lo alto. Con los ojos desorbitados. Paula, de cara al mar. vio pasar por delante de ellos el enorme pedrusco, desprendido sin duda del borde del acantilado.

Al mismo tiempo Theary sentía en la espalda un fuerte tirón, pero no lo suficiente para arrancarlo de su posición. Retumbando

sonoramente, a la vez que emitía fuertes chasquidos al fragmentarse el pedrusco acabó por caer al mar. Se hundió en él con tremendo estampido, proyectando a las al turas un enorme chorro de espumas.

Durante unos momentos permanecieron en la misma posición, sin atreverse a mover un solo músculo. Luego. Theary se separó un poco y miró a la muchacha, cuyo rostro había perdido el color por completo.

—Parece que nos hemos salvado —comentó en tono jovial, a fin de dar ánimos a Paula.

Ella asintió.

—Hemos tenido suerte —convino—. Esa piedra podría habernos arrastrado al mar... pero nunca me imaginé que pudiera producirse un desprendimiento en estos parajes.

—Si está pensando en algo accidental, deseche la idea. Paula.

—¿Cómo? ¿Cree que alguien arrojó...?

—Estoy seguro de ello —dijo él firmemente—. No ha sido un desprendimiento casual, sino algo hecho con toda la mala intención del mundo.

Ella se sentía asombrada y aterrada a un tiempo.

—Pero entonces, esa persona, quienquiera que sea, trataba de matarnos —exclamó. —Por lo menos, a mí.

—¿Sospecha de alguien?

—Sí, pero no lo conozco. Es el autor del anónimo.

—Parece que no ha tardado en pasar a la acción, ¿eh? Pero ¿cómo es posible que no hayamos podido verlo? El llano es bastante extenso y hemos tardado tiempo en atravesarlo, aparte del que estuvimos junto al borde, estudiando el croquis. No pudo esconderse...

—Le bastó, si nos vio asomar por el otro lado, con situarse tras la torre. O tal vez en su interior. Pero no hay duda de que la piedra no cayó accidentalmente. Alguien la empujó. —Horrible —comentó Paula —. Todavía siento escalofríos al recordarlo.

—Sí, nos ha dado un buen susto —admitió Theary—, Pero es hora de que regresemos; no podemos permanecer aquí eternamente.

El joven dio media vuelta. Paula lanzó un grito repentino:

—¡Tiene rasgada toda la chaqueta. Jason!

Theary recordó en aquel momento el tirón que había sentido cuando la piedra pasó rozándole. Una arista, sin duda, había rasgado la tela, pero se dio por satisfecho de haber salido del trance con tan poco daño.

«Kenny» estaba arriba, tendido en la hierba sobre su vientre. Al verlo, Theary concibió una idea.

—Paula, el que tiró la piedra tiene que ser conocido de «Kenny». De lo contrarío, le habríamos oído ladrar...

—No se haga ilusiones. Mi perro es amigo de todo el mundo.

Theary suspiró.

—Una hipótesis que se desvanece, aunque bien es cierto que «Kenny» no podría habernos dicho su nombre. Tendré que averiguarlo por mí mismo; no me gusta sentirme amenazado sin ningún motivo.

—Quizá el autor del lanzamiento piensa que sí tiene motivos para atacarle —opinó ella. —¿Porque estoy metiendo las narices donde no me importa? Paula, no hay peor cosa para un hombre obstinado que sentirse empujado en cierta dirección. Lo que hace entonces es marchar en sentido contrario, no sé si me entiende.

—Si, pero tenga cuidado. Han muerto dos personas ya y no me gustaría que a usted le sucediera algo.

—Procuraré evitarlo —contestó él, mientras se preguntaba quién podía ser el misterioso sujeto que había intentado matarle.

* * *

Estaba agazapado al pie de la torre, completamente inmóvil, confundiéndose con las sombras que arrojaba la luna, no lejos de la puerta, que no podía ver sino parcialmente.

Acuclillado, aguardaba pacientemente.

Hoot Nelson tenía la seguridad de que el autor de dos muertes aparecería aquella noche.

—La autora —se dijo a media voz, convencido de que una mujer llegaría a aquel lugar, tarde o temprano.

—Entonces, la sorprenderé... y se habrá acabado para siempre la maldición de la bruja —gruñó—. Y la muerte de dos buenos amigos habrá sido vengada y podremos...

Nelson se interrumpió súbitamente. Le parecía haber oído un leve ruido procedente del interior de la torre. Muy despacio, metió la mano bajo la chaqueta y sacó algo que emitió un breve destello.

Era un viejo revólver, recuerdo de sus tiempos de soldado. El arma funcionaba perfectamente, tenía motivos para saberlo. Dos días antes había hecho algunas pruebas, disparando los seis tiros media docena de veces en un lugar alejado del pueblo, donde nadie podría verle ni oírle.

Cuando apareciese el asesino, apretaría el gatillo y...

Repentinamente, sintió un extraño calor junto a su cráneo. Antes de que pudiera percatarse con exactitud de lo que sucedía, vio aparecer delante de sus ojos una siniestra luz rojiza.

Una mano se apoyó en su nuca, manteniendo la cabeza firmemente, mientras que la luz roja se apoyaba en su frente. Nelson sintió una terrible quemadura y el dolor le hizo lanzar un grito de angustia.

Medio loco, soltó el revólver para llevarse las manos al lugar de

la quemadura. Alguien lo empujó hacia delante y cayó al suelo.

Nelson barbotaba palabras incoherentes. El instinto, sin embargo, le hizo tantear el suelo para buscar el arma perdida. Sus dedos rozaron el frió metal del revólver, pero antes de que pudiera asirlo, otra mano se lo arrebató.

Él cañón del arma se apoyó en su sien derecha. Nelson abrió la boca para lanzar un alarido al darse cuenta de lo que iba a suceder. Lo peor de todo era que se sentía impotente para evitarlo.

El revólver explotó fragorosamente. Nelson sintió dentro de su cerebro algo parecido a un cañonazo, vio un cegador relámpago que duró apenas una milésima de segundo, y luego todo se hizo oscuro a su alrededor.

El arma quedó junto a su mano derecha. La detonación había sonado con bastante fuerza, más la hora era muy avanzada y todo el mundo dormía en Merton Bay.

Un perro ladró a lo lejos, pero sus ladridos llegaban muy atenuados a aquel lugar. A los pocos momentos se hizo un silencio absoluto.

Paula despertó sobresaltada. «Kenny» ladraba con fuerza.

En el buen tiempo el perro dormía en el jardín. ya que no le gustaba encerrarse por las noches. La muchacha se incorporó sobre un codo y escuchó atentamente.

«¿Qué le habrá pasado? —se preguntó.

No era habitual semejante comportamiento en el can, por lo que, levantándose, fue a la ventana, alzó el bastidor y sacó fuera medio cuerpo.

—«Kenny», cállate —ordenó—. Estás despertando a la gente.

El can se tendió de nuevo. Paula miró a todas partes, por si veía algo sospechoso. La noche estaba muy tranquila y no se observaba nada anormal.

Pero los inesperados ladridos de «Kenny» la tenían preocupada. ¿Tal vez un merodeador nocturno?

Podía ser, pero era algo que no sucedía nunca en Merton Bay. Pensó que el perro habría soñado algo desagradable, lo qué le había hecho ladrar a un enemigo imaginario. Al cabo de unos momentos se tranquilizó y volvió a la cama.

No había encendido la luz, pero pudo ver la hora en la esfera luminosa del reloj de sobremesa: las tres y media de la madrugada Bostezó y estiró los brazos voluptuosamente.

Todavía puedo dormir un buen rato se dijo.

CAPITULO VIII

Theary pasó gran parte de la mañana tratando de desentrañar el misterio del mapa. Todo había ido bien, hasta que llegaron a la roca que cerraba el paso. ¿Qué había más allá?

—Si es que hay algo...

La roca estaba claramente señalada. Había una línea de trazos cortos que indicaba determinada ruta a seguir, pero se interrumpía en aquel enorme pedrusco. Sin embargo los guiones enlazaban con una línea curva de puntos que contorneaba la roca y terminaban al otro lado en una flecha dirigida hacia un círculo, en cuyo interior se veían ocho radios.

—El equivalente a dos cruces —murmuró.

La torre estaba asimismo señalada con cierto detalle. Pero en el centro del dibujo que la representaba vio otro círculo, éste con una sola cruz en su interior, sin que sus extremos tocasen los bordes del círculo.

Intrigado, se frotó la mandíbula.

—Debería inspeccionar la torre a fondo...

Pero no le gustaría hacerlo sin permiso de la dueña.

Podría ir a hablar con Laureen, explicarle lo que sucedía, y solicitar su autorización para entrar en la torre e investigar a fondo.

—Si, eso es lo que haré —decidió guardando el mapa en uno de los bolsillos.

Magde entró en aquel momento a preguntarle si quería que le sirviese un aperitivo antes de comer.

—Gracias, no tengo ganas —contestó—. Pero me gustaría hacerle una pregunta.

—¿Si, señor?

—Magde, ¿qué opina usted del «asunto del cuarenta y dos»?

Ella hizo una mueca.

—Muchos lo han mencionado en más de una ocasión, pero nunca se ha sabido nada en concreto.

—La costa, sin embargo, parece propicia para el desembarco de espías enemigos.

—Yo tenía sólo seis años en el cuarenta y dos, señor.

Theary ocultó una sonrisa. La edad de Magde era, por tanto, de cuarenta y ocho años. Y. a los seis, una niña se ocupaba muy poco de submarinos transportadores de espías. —Comprendo. Muchas gracias, Magde.

—El almuerzo estará dentro de quince minutos, señor.

Theary se propuso ir a visitar a Laureen después de comer, pero algo le entretuvo.

Había alguien en el exterior, fuera del jardín, contemplando la

casa fijamente. Theary reconoció de inmediato la robusta figura de Heather Foyle.

El rostro de la mujer era adusto, nada amistoso. Estaba completamente inmóvil, como una estatua, y en sus duras facciones había una expresión casi hostil.

De pronto, obedeciendo a un súbito impulso, se puso en pie y salió de la casa. Heather le vio y echó a andar.

Theary corrió tras ella.

—Señora Foyle.

La mujer se volvió.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿Por qué me espiaba?

Ella rió burlonamente.

—¿Yo... le espiaba? ¿Por quién me ha tomado, señor Theary?

—Señora Foyle, nunca hemos sido presentados y usted conoce mi nombre.

—Y usted el mío.

—Pero yo la vi hace dos noches, en la reunión que tuvo lugar en la taberna de McOgge.

—Es usted un forastero. No hay muchos en el pueblo en esta época —contestó Heather como si quisiera explicar los motivos de conocer el nombre del joven.

—Sí, pero sólo ha espiado mi casa. ¿Por qué?

—Le repito que no... —Bruscamente, la mujer hizo un ademán casi violento—. ¡Oh, váyase al infierno! No tengo que justificarme delante de nadie y menos de usted — agregó.

Heather giró en redondo y reanudó la marcha. Theary no pudo contener una exclamación punzante.

—Tal vez quiera justificarse delante de la señora Framsby, ¿verdad?

Ella se detuvo en seco un instante. Volvió la cabeza y. al ver «u expresión. Theary casi sintió miedo.

Los ojos de Heather le parecieron de un demonio. Pensó que ella iba a contestarle con alguna furiosa imprecación, pero, con gran sorpresa por su parte. Heather no dijo nada Ni siquiera movió los labios.

Al cabo de unos segundos, volvió a girar y se alejó con paso muy vivo.

Theary estuvo contemplándola unos momentos mientras se alejaba. De pronto, vio que un hombre salía a su encuentro.

Ella lo rechazó con enorme violencia, dándole un tremen do manotazo en el pecho. El hombre retrocedió, trastabilló y acabó cayendo sentado al suelo, mientras la mujer continuaba su marcha.

Theary meneó la cabeza. Sam Foyle, se dijo, era realmente un

sujeto digno de toda compasión.

Por nada del mundo le habría gustado estar en el pellejo del marido de aquella arpía.

* * *

Atardecía ya cuando se detuvo ante la verja. El perro se movió lentamente hacia él, sin hacer el menor movimiento hostil.

—Hola, «Hurry» —saludó Theary.

El can se mantuvo quieto, sin mover siquiera la cola.

—No me gustaría encontrarme contigo a altas horas de la noche —murmuró. Pese a las seguridades dadas por Laureen, el perro le impresionaba sobremanera.

La dueña de la casa apareció a los pocos momentos.

—Buenas tardes, Jason. ¿Quiere pasar?

—A eso he venido —contestó él.

—Tiene algo que contarme.

—Si no es molestia...

—Por desagradable que resulte lo que tiene que decirme, será un placer escucharle. Parece una contradicción, pero no lo es, ¿verdad?

Theary emitió una ligera sonrisa.

—¿Cómo sabe que va a resultar desagradable?

Ella suspiró.

—En los últimos tiempos, no recibo noticias agradables. —Abrió la verja — . Pero pase, por favor: no vamos a permanecer todo el tiempo hablando en el exterior.

Cruzaron juntos el jardín, seguidos a poca distancia por el perro. Laureen le condujo al salón que él ya conocía y preparó dos copas.

—¿Y bien? —inquirió, después de servir al visitante—. Suéltelo ya. Jason; le aseguro que no me asusto tan fácilmente.

—Tengo que pedirle un favor —manifestó Theary—. ¿Podría dejarme la llave de la torre?

Las finas cejas de Laureen se alzaron.

—¿Piensa comprar la propiedad, Jason?

—Siento contestarle negativamente. Laureen. Pero quiero examinar el interior a fondo. —Al menos, me explicará los motivos —pidió ella con voz tensa.

—Por supuesto.

Theary sacó el mapa y lo puso en manos de la joven.

—Véalo y dígame qué opina.

Laureen se concentró durante unos momentos en el examen del croquis. Al cabo de un rato, levantó la vista y fijó sus ojos en el joven.

—Parece un mapa... del tesoro.

—Es lo que yo pienso. Laureen.

—Sí, pero, ¿qué tesoro?

—Supongamos que la historia del submarino alemán y los espías fuese cierta.

El pecho de Laureen se agitó con violencia.

—¿Y...?

—Entonces resultaría que algunos de los hombres del pueblo lo saben y tratan de encontrar las cien mil libras que traían los espías.

—Y, como consecuencia y para no compartir el botín, se están matando los unos a los otros.

—No —contradijo Theary—. Yo opino que es uno solo el autor de las muertes: el mismo que pone la firma de la bruja en las frentes de sus víctimas.

—¿Con un hierro al rojo vivo, que lleva en los bolsillos hasta que se presenta la ocasión de usarlo? —preguntó ella irónicamente.

—Eso lo hace para añadir morbosidad al asunto —expuso Theary, muy serio.

—Claro, ahora precisamente que está en el pueblo la descendiente de Evinia. Hay que aprovechar las ocasiones, ¿verdad?

—Por favor, no se burle de mí. Estoy hablando muy seriamente. Laureen.

—La ironía, a veces, es la forma mejor de ocultar los verdaderos sentimientos.

—¿Cuáles son los suyos en estos momentos?

Los ojos de la joven centellearon vivamente.

—Asco Desprecio... Resentimiento, pero sólo hacia ciertas personas —respondió.

—Con motivos suficientes, claro.

Ella adelantó el busto.

—¿Quiere saber la verdad del «asunto del cuarenta y dos»?

—Me gustaría. Laureen.

—Pues bien, parece ser que la historia es cierta. Incluso le diré más todavía: a mi abuelo le complicaron en ello.

—¿Su... abuelo?

—El padre de mi padre. ¿Sabía que era alemán?

—No tenía la menor idea...

—Fue hecho prisionero en la guerra del catorce y acabó en Merton Bay, en donde se casó con una joven del pueblo, nacionalizándose británico. Su apellido verdadero era Fromsbisch, pero él lo alteró para la pronunciación anglosajona y lo dejó en Framsby.

—Y, a última hora, la raza y el país de nacimiento se impusieron de nuevo sobre los sentimientos hacia el de adopción.

Laureen se recostó de nuevo.

—Nunca se pudo probar, pero si le molestaron bastante y hasta

se creyó que estaba de acuerdo con los supuestos es pías. El caso es que éstos jamás fueron encontrados, y mucho menos se halló el dinero que traían para sus operaciones de sabotaje.

—Antes dijo que la historia era cierta...

—Sí, pero no que mi abuelo hubiera tenido participación en el caso. Y si no, ¿por qué cree que acabamos marchándonos de Merton Bay, cuando a mi padre no le importaba en absoluto ser descendiente de Evinia McIntock?

—Les hicieron la vida imposible —adivinó Theary.

—Así es —confirmó ella—. Pero yo puedo asegurarle que mi abuelo se portó siempre como un buen patriota inglés. Detestaba a los nazis, ¿comprende?

—Algunos, por lo visto, no lo entendieron así.

—No, no lo entendieron. Ahora bien, si resulta ser cierta la historia del submarino y los espías, y quiere averiguar por otra parte, hágalo, pero no nos mezcle a nosotros de nuevo en el asunto.

—No se me ocurriría en absoluto. Laureen —protestó él La joven sonrió.

—¿Otra copa. Jason?

—Si no le molesta mi compañía...

—Al contrario, me agrada extraordinariamente. Estoy muy sola en Merton Bay y únicamente el pensamiento de que no permaneceré aquí hasta más allá del verano me hace más soportable la estancia en el pueblo.

—Tiene deseos de volver a Edimburgo, donde, seguramente, la espera alguien.

Laureen hizo un gesto negativo.

—No me espera nadie. Jason.

—Es raro. Joven, hermosa.

—Estuve casada seis meses solamente, y nos separamos. Recobré mi apellido de soltera; no quiero llevar el de un esposo al que no aprecio en absoluto.

—Y tampoco quiere sufrir otro desengaño.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez es porque no ha aparecido el hombre capaz de hacer que me arriesgue a un segundo fracaso —contestó.

Theary se puso en pie.

—Celebraré infinito que un día encuentre a ese hombre y no sufra un nuevo desengaño — manifestó.

Laureen le acompañó hasta el vestíbulo. De pronto, pareció recordar algo.

—Antes me pidió la llave de la torre —dijo.

—Si no le importa dejármela...

—Claro que no. Pero la tengo en mi dormitorio. ¿Quiere

acompañarme?

Theary escrutó el rostro de su anfitriona. En los ojos de Laureen vio una luz que le atrajo instantáneamente.

—¿Por qué no? —accedió.

* * *

Laureen se incorporó sobre un codo, en la penumbra de la alcoba, y miró sonriendo al hombre que tenía a su lado.

—¿Qué piensas de mi ahora? —preguntó.

—No se puede expresar con palabras —respondió él—. Creo que los hechos son sobradamente elocuentes.

La joven rió con fuerza.

—Eres muy hábil eludiendo respuestas —contestó.

—Ya las he dado antes. ¿O no?

—En resumen, no quieres comprometerte.

—Laureen, tú eres una mujer joven, muy bella. Yo también soy joven y ninguno de los dos tenemos compromisos que nos obliguen. ¿A quién puede importarles lo que ha su cedido hoy?

Ella se inclinó para besarle.

—La noche no se ha acabado todavía —murmuró ardientemente.

Theary la abrazó.

—Una noche que nunca olvidaré —aseguró.

Las bocas de los dos se unieron en un cálido beso. Pero, de pronto, se oyó un extraño sonido en el exterior.

Laureen se irguió vivamente.

—*¿Qué* pasa? —preguntó.

Theary se sentó en la cama.

—Es el perro... Parece que se queja...

Laureen lanzó un grito de terror. Inmediatamente, saltó de la cama y empezó a vestirse. Momentos después, salían al jardín. Ella le había proporcionado una linterna, con cuyo resplandor pudieron encontrar a «Hurry» muy poco después.

El perro estaba tendido de costado y respiraba convulsivamente. Una espuma verdosa brotaba de sus fauces.

—¡Lo han envenenado! —chilló la joven.

Theary se acuclilló junto al can, cuya agonía era evidente. «Hurry» dejó de respirar a los pocos momentos.

Se preguntó quién había podido cometer un acto tan re pugnante. De pronto, le pareció que estaban siendo vigilados.

Levantó la vista. Junto a la verja se divisaba una figura humana.

La luz de la luna no era suficiente para distinguir sus facciones, pero la silueta resultaba inconfundible. Heather Foyle lanzó una estridente carcajada y echó a correr, desapareciendo en la noche a los


pocos instantes.

CAPITULO IX

Alguien golpeó precipitadamente a la puerta. Theary se anticipó a Magde y abrió. —¡Paula! —exclamó, sorprendido, al ver a la muchacha en el umbral.

—Hay otro muerto —anunció ella sin más preámbulos—. Hoot Nelson.

—¡Otro muerto' —repitió Theary, estupefacto.

Hacía poco que se había levantado, después de regresar de la casa de Laureen alrededor de la una de la madrugada. Ahora eran ya las nueve de la mañana y se disponía a desayunar en el momento de la llegada de Paula.

—Si —confirmó la chica — . Esta vez. sin embargo, se ha querido hacer pasar por un suicidio, pero el muerto lleva en la frente la marca de la bruja.

—Será mejor que pases —invitó, tuteándola inconscientemente— Una taza de café te sentará bien.

Agarró a la muchacha del brazo y la hizo entrar en casa. Magde se sintió horrorizada al conocer la noticia.

Paula se sentó a la mesa. Al cabo de unos momentos, empezó a reaccionar.

—No sé qué pensar... Me siento horriblemente mal...

—Pero tú no tienes ninguna relación con lo que ocurre —alegó él.

—A fin de cuentas, resido aquí, aunque sólo sea temporalmente, Jason.

Theary entendió el sentido de la respuesta. No podían desligarse de unos sucesos que afectaban a toda la población.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo con detalle, por favor.

—No hay mucho que decir. Nelson apareció muerto junto a la Torre de la Bruja, con la marca en la Trente y un revólver junto a su mano derecha. El arma tenía un cartucho vacío. La herida está en su sien derecha.

—Eso parecería indicar un suicidio, si no fuese por la marca. Pero ¿qué podía hacer Nelson junto a la Torre? ¿Se sabe la hora en que murió?

—Sí, hace dos noches... Mejor dicho, fue en la madrugada de ayer, hacia las tres o las cuatro, según dice el médico, tras un primer examen del cadáver. Y ahora que recuerdo...

Paula se mordió los labios en actitud pensativa. Theary la miró con interés.

—¿Qué es lo que recuerdas? —preguntó.

—«Kenny» ladró precisamente a esa hora. Lo recuerdo muy bien, porque no tiene esa costumbre y me despertó. Tuve que levantarme

para hacerle callar, y miré el reloj al acostarme de nuevo. Eran las tres y media, Jason.

—Entonces, supones que el perro oyó algo.

—Yo diría más bien que lo presintió. La torre está muy lejos y yo no escuché el disparo. —Pero el perro, tal vez, sí; tiene un oído mucho más fino. Y, además, dices que dormía fuera.

—En el jardín. Cuando hace buen tiempo, no le gusta quedarse dentro de casa.

Theary se puso rígido.

—Paula, a partir de ahora, obligarás a «Kenny» a que duerma dentro de la casa. Hay quien anda por ahí envenenando perros ajenos.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —se asombró ella.

El joven meditó unos instantes. No iba a contarle a Paula la verdad de lo que había sucedido entre él y Laureen. Tenía que buscar otra excusa.

—Fui a ver a Laureen para pedirle la llave de la torre. Quiero investigar a fondo, ¿sabes? —Sí. Continúa, por favor.

—Bien, ella me invitó a cenar y luego hicimos un buen rato de sobremesa, charlando de muchas cosas... Entonces, al rato, olmos quejarse a «Hurry». su perro. Cuando salimos al jardín, ya no se podía hacer nada por el pobre animal.

—Debió de ser un veneno de acción muy rápida —supuso Paula, estremecida de horror. —Eso creemos. Pero, además, sabemos quién lo hizo.

—Jason, dime el nombre —pidió ella, muy excitada.

—Heather Foyle. Yo la vi y no puedo engañarme acerca de su identidad. Esa mujer odia a Laureen. ¿Lo sabías?

—No, no tenía la menor idea... Cuéntame todo.

Theary habló durante unos minutos. Cuando terminó. Paula se sentía estupefacta.

—Es increíble. Jamás pude suponer nada semejante —manifestó.

—Ahora ya lo sabes todo. Y sabes también por qué quiero investigar en la torre.

—¿Crees que conseguirás algo?

En aquel momento, llamaron a la puerta. Theary y la muchacha oyeron a la sirvienta hablar con un hombre. Magde hizo su entrada en el salón momentos más tarde.

—Es Sam Foyle —explicó—. Ha venido a reparar el termo del baño, que no funciona satisfactoriamente. Aparte de ello, hay un par de grifos que gotean... La casa es vieja — añadió Magde con amplia sonrisa.

—Está bien. Procure que todo quede en condiciones —dijo Theary.

—Desde luego, señor.

Al quedarse solos, Theary se volvió hacia la muchacha.

—Tengo la llave de la puerta de la torre —dijo intencionadamente.

Paula comprendió el sentido de aquellas palabras.

—Te acompañaré —contestó.

* * *

El cielo se había vuelto a encapotar, aunque no por completo. El sol asomaba solamente en ocasiones a través de unas nubes plomizas, henchidas, que amenazaban nuevos chubascos. La alta hierba de la llanura se inclinaba a veces a causa de las rachas de una brisa que resultaba molesta.

El ambiente olía a humedad. El aire, a veces, traía ráfagas de olor a yodo y sal marina. Theary y Paula llegaron a la puerta de la torre y él abrió con la llave que le había dejado su dueña.

El interior estaba a oscuras, ya que todas las contraventanas estaban cerradas. Theary se acercó a la repisa donde es taba el farol para encenderlo.

—¿Qué piensas encontrar aquí? —preguntó la chica.

Theary hizo un gesto de duda

—No lo sé. Cuando estuve aquí la primera vez no me atreví a subir a los pisos superiores, pero creo que ahora debo hacerlo. Desde luego, la torre está señalada en el plano de una forma peculiar, aunque no me atrevo a emitir una opinión sobre el significado de esos trazos.

—Bueno, si nos estamos quietos, no llegaremos a saber nunca nada. Jason.

—Sí, tienes razón.

Theary echó a andar hacia la escalera que se curvaba siguiendo el trazado interior del muro. En el primer piso no vieron más que polvo y telarañas. Luego, él señaló la escalera que conducía a la siguiente planta.

—Subiremos de uno en uno... Somos dos, claro, pero la escalera no me inspira suficiente confianza para soportar nuestro peso al mismo tiempo.

—Está bien.

Algunos peldaños crujieron amenazadoramente cuando él inició el ascenso, pero la escalera, en su conjunto, resistió. Paula subió poco después y miró perpleja a su alrededor.

—No hay nada digno de mención —comentó.

—La torre está vacía. Se podría hacer habitable, acomodándola debidamente, pero, ¿quién iba a querer vivir aquí?

—En Merton Bay sólo vive la gente que tiene trabajo. Los

turistas, incluso durante la mejor época del año, son muy escasos. Y esa época, el verano, es también muy corla. Ya sabes el refrán: «Aquel año, el verano cayó en jueves».

Theary sonrió.

—Si, en otro ambiente más cálido, aunque los inviernos fuesen fríos, pero más cortos, resultaría agradable reacondicionar la torre como vivienda. Pero aquí...

El tercer piso ofrecía una imagen análoga de vaciedad y abandono. Otra escalera conducía a una escotilla que permitía el acceso a la plataforma de la torre. En un rincón, sin embargo. Theary divisó un viejo rollo de cuerdas.

—¿Quién habrá dejado esto aquí? —murmuró.

Tocó la cuerda Era muy vieja, pero parecía utilizable. Al lado se veía un saco de lona que, sin duda, había servido para contener el rollo.

—Bueno, vamos arriba, la última etapa —dijo.

Desde la plataforma exterior se divisaba un panorama excepcional. El viento agitó los sueltos cabellos de la muchacha, haciéndolos ondear. Theary se dijo que estaba contemplando la viva estampa de la salud y la vitalidad juveniles.

—Lástima no haberme traído la cámara fotográfica —sonrió—. Habrían salido unas fotos preciosas.

—¿En este ambiente?

—Cualquier ambiente es bueno, cuando el objeto principal de la escena lo merece.

Ella se ruborizó ligeramente. Theary carraspeó.

—Bueno, ya hemos visto bastante y no se puede decir que hayamos sacado gran provecho de la excursión. ¿Regresamos?

—¿Podemos hacer otra cosa?

Theary torció el gesto.

—Sólo conjeturas, que no nos llevan a ninguna parte —respondió.

Momentos después llegaban a la primera planta. Theary apagó el farol y lo dejó en su sitio. De pronto. Paula lanzó una exclamación:

—Jason, ¿qué es esto?

El joven se volvió. Ella señalaba un punto en el suelo, casi en el centro del círculo que formaba el trazado de la torre.

El suelo era de tierra batida, pero había en él ciertas marcas irregulares que resultaban un tanto extrañas. Theary vio una corta línea recta que no parecía precisamente un trazo hecho sobre la tierra.

Acuclillándose, movió la mano para limpiar el suelo. La capa de tierra era bastante gruesa, más de cinco centímetros, pero, al separarla a los lados, dejó al descubierto la tablazón de una trampilla.

—Fantástico —ponderó Paula—, La torre tiene un sótano.

—Casi parece lógico, sólo que a nosotros no se nos había ocurrido pensar en ello — murmuró él.

—¿Te parece que echemos un vistazo, Jason?

El joven asintió. Terminó de limpiar la trampilla y se dispuso a tirar de la anilla de hierro que había en uno de sus lados y cuyo objeto resultaba obvio.

Era un pesado conjunto de tablas gruesas y le costó bastante alzarla. Una negra abertura apareció entonces, dejando a la vista una escalera de peldaños de piedra, que se hundía en las profundidades del subsuelo.

—¡Vamos a ver qué hay allá abajo! —exclamó Paula, vivamente excitada.

—Un momento.— Theary fue hacia el farol y lo agitó un poco—. Siento decepcionarte, pero apenas queda petróleo. No me gustaría quedarme a oscuras allá abajo, ¿comprendes?

Ella se sentía decepcionada.

—Pero podemos volver en otra ocasión, Jason.

—Claro. Traeremos un par de buenas linternas y exploraremos el sótano a fondo. No sé por qué, pero presiento que debe de ser más extenso de lo que suponemos. Sea como sea, no me atrevo a bajar sin estar bien provisto de luz.

—Muy bien. ¿Cuándo volveremos?

—¿Te parece mañana?

Paula aceptó la proposición sin inconvenientes. Theary bajó la trampilla y luego volvió a cubrirla con la tierra.

—¿Por qué crees que tiene que ser un sótano muy grande? —preguntó la chica, cuando ya se hallaban al aire libre.

—Primero, la entrada estaba oculta, cubierta con tierra, cosa que no tendría que suceder, si no fuese porque alguien trataba de mantener en secreto esa entrada.

—Si, la tierra sobre la trampilla no parece lógico. ¿Y qué más?

—Las cuerdas del último piso. Alguien las usó y las dejó allá arriba, donde no son fáciles de ver. No están precisamente en un paseo público.

Paula asintió.

—Todo esto, sospecho, tiene relación con el «asunto del cuarenta y dos» —dijo.

—Es lo que yo creo —respondió él.

Cuando llegaban al pueblo, se cruzaron con el doctor Garrity. El médico vio a Theary y se paró delante de él.

—Tengo algo que darle. Estaba en uno de los bolsillos de la chaqueta de Nelson —dijo.

Asombrado. Theary vio un papel análogo a los dos que ya tenía. Garrity le guiñó un ojo.

—Usted, mejor que nadie, sabe lo que debe hacer —añadió.

Theary se sentía perplejo. Fue a decir algo, pero el médico reanudó la marcha.

—Y no fue suicidio —dijo por encima del hombro, al echar a andar nuevamente—. Los suicidas no se marcan a fuego en la propia frente.

—Otros pueden hacerlo después del asesinato, ¿no es verdad?

—Eso es exactamente lo que tuvo que suceder, amigo mío.

Theary y Paula cambiaron una mirada al quedarse solos.

—¿Qué opinas? —preguntó ella.

—El misterio se complica.

—Se hace aún más denso.

—Impenetrable..., pero no hay enigma que, con el tiempo, no pueda ser resuelto.

Poco después, se separaban. Theary llegó a su casa y se dispuso a ir al baño para

lavarse las manos.

—Tendrá que hacerlo en el fregadero —indicó Magde—. Sam no ha terminado todavía. El termo está peor de lo que creíamos.

—Muy bien, tendremos paciencia.

—Pero lo arreglará. Sam es un tipo muy hábil para todo. ¿Sabía usted —añadió la sirvienta, bajando la voz— que fue mecánico en la RAF?

Las cejas de Theary se arquearon.

—¿Y por qué dejó un empleo, seguramente bien retribuido, para casarse con Heather?

Magde se encogió de hombros.

—Se dice, pero no se ha podido comprobar, que le obligaron a licenciarse. Hay rumores de venta de herramientas... En fin, no se probó nada, pero tuvo que abandonar el empleo.

—Comprendo. —Theary sonrió—. Casarse con Heather es un castigo mucho peor que diez años de cárcel, ¿no cree?

—Es un infierno perpetuo —rió la mujer.

CAPITULO X

El ambiente de Merton Bay era tétrico, siniestro a más no poder. Las gentes se movían silenciosamente por las calles. Theary se dio cuenta que evitaban mirarse los unos a los otros, como si se temieran entre sí.

Las tres misteriosas muertes habían creado una atmósfera de tensión poco común. Theary se dijo que los habitantes de Merton Bay se tenían miedo, todos, los unos a los otros.

«Pero sólo hay un asesino. Dos, a lo sumo, porque es muy posible que tenga un cómplice», pensó.

La única que no parecía sentirse impresionaba por lo ocurrido era Heather Foyle. Aquella misma tarde, cuando regresaba a casa después de un corto paseo, Jason fue testigo de un incidente que sorprendió a muchos y, supuso más tarde, debía de haber alegrado a la mayoría, lo mismo que a él.

Laureen salía de la estafeta de Correos, donde había ido a depositar unas cartas. Vio a Theary y sonrió, a la vez que agitaba ligeramente una mano en señal de saludo.

Theary se dispuso a cruzar la calle para saludarla a su vez. En aquel mismo instante, la señora Foyle pasaba junto a Laureen.

Heather pronunció unas palabras despectivas. Luego escupió a los pies de la joven.

Laureen acusó el golpe.

—Si hay una bruja en este pueblo, es usted —replicó claramente, de modo que pudiera ser oída por todos los que se hallaban en las inmediaciones.

Heather se encrespó.

—Maldita zorra... Usted sí que es una bruja... y yo, a las de su calaña, sé cómo tratarlas...

Alzó la mano para golpear a Laureen, pero entonces sucedió algo extraordinario.

Laureen paró fácilmente el golpe. Luego, con la mano izquierda, de canto, golpeó el costado derecho de su oponente, arrancándole un aullido de dolor. Sin soltar la muñeca en que había hecho presa, retorció el brazo, haciendo que Heather gritase de nuevo. Finalmente, la obligó a girar sobre sí misma, aplastándola contra la pared, sin dejar de retorcer el brazo de la mujer contra su espalda.

—Escuche bien esto que voy a decirle, señora Foyle. Usted envenenó a mi perro. No sé por qué lo hizo, ni siquiera tengo pruebas para demostrarlo, pero no vuelva a molestarme más o le aseguro que le pesará. ¿Está claro?

Theary se dispuso a acercarse, para evitar que el incidente llegara a mayores. Heather estaba roja de cólera, pero también de

vergüenza por haber sido derrotada con tanta facilidad.

En aquel instante, un hombrecillo llegó corriendo a grandes saltos.

—¡Deje a mi mujer! Ella no le ha hecho nada...

Laureen soltó su presa y se volvió, con ojos inflamados por la cólera.

—Mató a mi perro y... —Hizo un esfuerzo para contenerse—. Ahí la tiene, señor Foyle; es toda para usted y que le haga buen provecho.

—Si no mirase que es usted una mujer..., pero no es una dama, desde luego —dijo Foyle insultantemente.

Ella ya no dijo nada. Apartó al sujeto y echó a andar. Theary se apresuró a alcanzarla. —Siento lo ocurrido. Laureen.

La joven se volvió un instante.

—Esa horrible mujer... Además de envenenar al pobre «Hurry», se atrevió a insultarme con las palabras más soeces que se pueden dirigir a una persona.

—No hagas caso. Está devorada por el rencor, pero más todavía por la frustración de saber que casi nadie escucha sus bravatas contra ti. No merece la pena de que te enojes por alguien que no puede hacerte daño, aunque ella crea lo contrario.

—Me lo hizo, matando a «Hurry», Jason.

—Puedes comprarte otro perro. Además, te irás de Merton Bay. Ella está condenada a seguir viviendo aquí.

Laureen se esforzó por sonreír.

—Eres un chico estupendo, Jason, muchas gracias.

—Eh, tengo algunos años más que tú —protestó él riendo.

—Bueno, era sólo una frase...

—Por cierto, sabes pelear muy bien. Le diste toda una lección.

—Aprendí defensa personal hace tiempo. Nunca estorban esa clase de conocimientos.

—Pues no cabe duda de que supiste aprovechar las enseñanzas de tus instructores. Y me alegro infinito de que le dieras una lección a esa salvaje. Estoy seguro de que hoy, más de uno, se tomará una copa para celebrarlo.

—No exageres. Por mucho que detesten a Heather, yo sigo siendo la descendiente de Evinia McIntock.

En las afueras del pueblo. Laureen le tendió su mano y le miró intensamente.

—¿Cuándo vienes... a cenar conmigo? —solicitó.

Theary hizo un breve gesto de asentimiento.

—Esta noche me es imposible —mintió—. Pero iré mañana.

—Te espero. Jason.

Era suficiente. Al separarse de ella. Theary pensó también en Paula.

¿Cuál de las dos?

Paula, la frescura juvenil. Laureen, la mujer ya hecha, conocedora de la vida, pero también joven y muy hermosa.

Se encogió de hombros. No era hora aún de hacer ciertas predicciones.

Pero por la noche, mientras examinaba el tercer croquis, el que le había entregado Garrity aquella misma mañana, hizo un sensacional descubrimiento.

Los tres mapas habían sido trazados por la misma mano, en idéntica clase de papel. Algunos signos tenían rasgos inconfundibles. No podía equivocarse; era una sola persona la que había trazado los mapas. ¿Quién?

¿Con qué objeto?

Cerrando los ojos un momento, recordó que las tres víctimas eran descendientes de los que quemaron a Evinia. Una curiosa coincidencia, pensó.

De repente, concibió una idea.

Minutos después, estaba en la calle. Era ya tarde y no se veía un alma por las calles. McOgge se disponía a cerrar, cuando Theary entró en su local.

El tabernero le miró hostilmente. Theary no se dejó impresionar por aquella acogida. —Voy a pedirle algo —anunció sin más preámbulos, a la vez que sacaba uno de los mapas—. ¿Tiene usted uno semejante?

Los ojos de McOgge se abrieron desmesuradamente.

—Si —contestó—. ¿Quién se lo ha dado?

Theary sonrió.

—¿Ya usted?

—Lo recibí por correo. Había una nota aparte; en ella se me indicaba que era el mapa con el que podía llegar al lugar donde están las cien mil libras de los espías.

—¿Creyó usted en la historia?

El tabernero negó con la cabeza.

—Nunca creí que fuese cierta —respondió.

—Y, por tanto, no ha hecho el menor esfuerzo para buscar ese dinero.

—En absoluto.

—¿Conserva todavía el mapa y la nota que lo acompañaba?

—Si... Voy a buscarlos...

Momentos después. Theary tenía en su poder los dos papeles.

—Gracias, se los devolveré en otro momento. Por cierto, ¿sabe si alguien más recibió una carta idéntica a la suya?

—Se lo oí comentar a Nelson... a Trapp Malloy...

Era otro de los descendientes amenazados por la supuesta

maldición de la bruja, pensó Theary.

—Y también a Heather Foyle —añadió McOgge.

El joven sonrió satisfecho.

—Gracias... y cuente con mi absoluta discreción —se despidió.

La nota, manuscrita, podía servir para descubrir al autor de los asesinatos, porque ya no tenía la menor duda de que el que había dibujado los mapas era el mismo que había cometido ya tres crímenes.

—Y quizá se dispone a matar a más personas —murmuró, cuando ya llegaba de regreso a su casa.

* * *

Heather Foyle sentíase terriblemente furiosa.

Aquella miserable zorra la había humillado, la había golpeado; se había burlado de ella y, lo que casi era peor, la había vencido con toda facilidad.

Las fuerzas físicas de ambas no se podían comparar, pese a la diferencia de edad, pero Laureen le había derrotado como si hubiese peleado con un chiquillo de pocos artos.

Daba igual, pensaba Heather Foyle, mientras caminaba furtivamente por las desiertas calles del pueblo, con un objeto de forma oblonga sostenido con la mano derecha.

Aquella perra lo iba a pagar muy caro. Y recibiría su merecido, de la misma forma que su antepasada había pagado con la vida sus actos de brujería.

La lástima era que no pudiera atarla a un poste. Habría bailado a su alrededor, mientras las llamas consumían su cuerpo. Pero era algo que no se podía hacer en estos tiempos.

Sin embargo, sí se podía hacer de un modo distinto. Y, sobre todo, sin que nadie se enterase de ello.

Al cabo de unos minutos, divisó la oscura silueta de la casa. Sabía cómo salvar la tapia y entrar en el jardín. Luego...

Repentinamente, vio una sombra oscura que se alzaba ante ella.

Un rojo resplandor hirió sus pupilas.

Heather Foyle gritó de terror. Algo frío penetró en su vientre. El frío se transformó en un dolor insoportable.

La lata que llevaba cayó al suelo con sordo estruendo, cuando se llevó ambas manos al lugar donde tenía profundamente clavado un enorme cuchillo. Sabiéndose herida de muerte, cayó de rodillas.

Algo abrasó su frente y lanzó un agudo chillido. Las fuerzas le fallaron y cayó de costado.

El resplandor rojo se apagó. Los ojos de Heather se enturbiaron con la inminencia de la muerte.

El asesino se dispuso a abandonar el lugar De pronto, reparó en

la lata caída junto a su víctima.

Una sonrisa distendió sus labios.

—Sí, ¿por qué no?

Desenroscó el tapón y vertió parte del contenido sobre las espaldas de la mujer caída en el suelo. Luego dejó la lata, vacía a medias, junto a su víctima. Sacó un fósforo, lo encendió y lo arrojó sobre el petróleo, que se inflamó en el acto.

Inmediatamente echó a correr. A cien pasos de distancia, se volvió, justo en el momento en que resonaba una sorda explosión.

Las llamas se alzaban a buena altura, iluminando una gran extensión de terreno. Pero el asesino se sabía en seguridad.

Nadie le vería... y todos echarían la culpa a cierta persona, decidió, mientras en el pueblo se oían ya los primeros gritos de alarma.

* * *

La consternación reinaba en el pueblo.

Pese al poco aprecio que la mayoría sentía hacia la difunta, nadie justificaba la bárbara acción que había acabado con su vida.

Había grupos de gente esperando el dictamen del médico, Theary y Paula figuraban entre los curiosos.

Garrity asomó al fin e hizo una señal con la mano. Theary se acercó.

—¿Qué ha observado, doctor?

—Ella murió a consecuencia de una puñalada. Aunque el cuerpo está parcialmente quemado, se puede apreciar en su frente la firma de la bruja.

—No me extraña en absoluto —dijo el joven—. Pero, ¿por qué quemarla después?

—Había una lata de petróleo a pocos pasos del cuerpo de Heather. El asesino no utilizó todo el líquido inflamable. Roció la espalda, pero más bien de los hombros hacia abajo, como si quisiera que las llamas respetasen su cara y así se pudiera ver la marca de la bruja.

Theary apretó los labios.

—Estaba a doscientos pasos de la casa de Laureen Framsby. ¿no es cierto?

Garrity asintió.

—Cierto —confirmó.

—Parece como si hubiesen querido achacarle el crimen, ¿no cree?

—Pero yo no creo que haya sido ella. Más bien pienso que Heather, furiosa por lo que sucedió ayer, quiso vengarse pegando

fuego a la casa de Laureen, con la intención de que ella muriese en el incendio.

—Y el asesino la sorprendió y…

Garrity entregó al joven un papel medio quemado.

—Está incompleto, pero se ve que es idéntico a los otros —dijo.

—Gracias, doctor.

Un hombre llegó en aquellos momentos. Aparecía abrumado por el dolor y murmuraba palabras incoherentes.

La gente abrió paso respetuosamente a Sam Foyle. Algunos le dieron palmaditas afectuosas en la espalda, como tratando de consolarle.

Garrity meneó la cabeza.

—Sam, no entre.

—Quiero verla… —gimió el hombrecillo.

—Se lo prohíbo terminantemente. Comprenda los motivos —respondió el médico.

Un par de vecinos compasivos se llevaron a Foyle. Theary se reunió con la muchacha. —Voy a ver a Laureen —manifestó.

—¿Puedo acompañarte. Jason? —rogó ella.

—Claro. Vamos.

* * *

Sosegadamente, pero ocultando su nerviosismo bajo la apariencia de una calma perfecta. Laureen sirvió el té a sus visitantes.

—No puedo decir nada en mi defensa. Vivo sola, como saben, y sólo una asistenta viene a arreglar un poco la casa y aun eso irregularmente, sin días ni horas fijas.

—Por tanto, estabas sola cuando ocurrió —concluyó Theary.

—Completamente dormida —afirmó la joven.

—Estando sola, no puede demostrar su inocencia — intervino Paula.

—¿Me cree usted culpable, señorita Nesbitt?

Paula se sofocó.

—¡Por Dios, señora!

—Ella no lo ha dicho así. Laureen —manifestó el joven.

—Pero lo ha pensado…

—Te ruego la creas. Paula no ha hecho sino decir algo que muchos pensarán.

Laureen sonrió despectivamente.

—¿Para qué querría yo matar a esa desgraciada? Ya le di una buena lección y, en todo caso, ella es la que quería asesinarme. Venía a quemar la casa, ustedes dos lo saben perfectamente.

—Y el asesino la sorprendió… Pero, ¿cómo podía saber que

Heather iba a venir esta madrugada, precisamente aquí? —murmuró Theary, desconcertado.

—Tal vez la espiaba, porque ya la había designado como la siguiente víctima. Al verla salir de casa, cuando todo el mundo estaba dormido, aprovechó la ocasión —supuso Paula.

—Una hipótesis muy cercana a la realidad —convino Theary—, De todas formas. Laureen, quiero decirte una cosa: Creo plenamente en tu inocencia, pero, caso de que lo necesitaras, estoy dispuesto a ayudarte en la medida de todas mis fuerzas. Soy abogado, ¿sabes?

Laureen sonrió.

—Gracias, Jason. Sin embargo, creo que voy a estar ya muy poco en Merton Bay. Ayer, cuando fui a la estafeta de Correos, lo hice para echar una carta que he dirigido a una firma especializada en bienes raíces. Quiero que se encarguen de vender mis propiedades.

—Lo conseguirás, seguro.

Theary y Paula se despidieron poco más tarde.

—Te gusta la señora Framsby, ¿eh? —comentó ella maliciosamente, una vez en el exterior de la casa.

Theary la miró, sorprendido.

—Es muy guapa, en efecto, pero no se me ha pasado por la imaginación... Y tú eres aún más bonita que ella.

—Gracias, Jason.

—Es la verdad. Paula.

Theary agarró su brazo.

—Creo que, a fin de cuentas, tendré que bendecir la idea de venir a Merton Bay en busca de la salud perdida —dijo.

—Viniste a buscar salud y has conseguido encontrar una serie de complicaciones como nunca fuiste capaz de imaginar —respondió ella.

—Estas cosas que pasan son la sal de la vida —rió Theary.

De pronto, se puso serio.

—Pero ya se han cometido cuatro asesinatos y todavía no hemos dado con el asesino — agregó sombríamente.

—Jason, se me está ocurriendo una idea —¿Si, preciosa?

—Quizá encontremos algún rastro en el sótano de la torre. Recuerda que hablamos de explorarlo.

—No lo olvido, aunque creo que lo más conveniente sería esperar a mañana ¿Te parece bien?

—Estupendo, Jason.

Por la noche. Magde, a la hora de la cena, entregó un papel al joven.

—¿Qué es esto? —preguntó Theary, sorprendido.

—La factura de Sam. Recuerde, estuvo arreglando unas cosillas. Y. por cierto, el termo ya funciona a la perfección.

—Es verdad, lo había olvidado. Bien, voy a buscar el dinero...

—No se apresure, ya le pagará

—Creí que le habría pagado usted, Magde.

—Se lo dije, pero él contestó que ya pasaría en otro momento. Bien, de todos modos, usted es persona digna de confianza.

—Gracias. Magde.

—Es lo que dijo Sam. señor.

—Es un pobre hombre. Aunque sintiese mucho la muerte de su esposa, creo que cuando pase el tiempo, se sentirá muy aliviado.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —sonrió la sirvienta—. Heather era una verdadera fiera. Lo tenía constante mente bajo su bota...

Theary recordó la escena en que la iracunda Heather derribó a su esposo de un manotazo. La señora Foyle había muerto de una forma espantosa y no se merecía semejante fin, pero no cabía duda que, transcurrido algún tiempo, su viudo se sentiría inmensamente liberado.

—Le habría gustado hacer lo mismo con todo el pueblo —dijo.

—Pero muchos la conocían ya y no se dejaban amilanar por su mal genio. En fin, descanse en paz.

—Amén —contestó el joven, solemnemente.

Al quedarse solo, repasó el recibo, que luego dejó a un lado distraídamente. No se podía decir que Sam Foyle se excediese en el cobro de honorarios; más bien le parecía una minuta ridícula en comparación con los trabajos realizados.

Hablaría con él a la primera ocasión que se le presentara, se propuso.

Estaba terminando el desayuno, por la mañana, cuando oyó la clara voz de Paula en el exterior:

—¡Jason, ya estoy lista!

Theary se asomó a la ventana.

—¿No es un poco pronto...?

—¿Se te han pegado las sábanas? —rió la chica.

—Está bien, saldré dentro de un minuto. O. si lo prefieres, entra a tomar una taza de café.

Paula entró en la sala. Theary contuvo los vivos deseos que sentía de depositar un beso en aquellas frescas mejillas. «El que se case con ella, será el hombre más feliz del mundo», pensó.

Minutos después, salían de la casa. Theary observó que Paula había venido sin el perro. —Lo he dejado en casa —explicó ella — . Podría ser un estorbo en el lugar al que vamos. Ya tendrá tiempo de dar paseos por la llanura y por todos los sitios.

—Y alguien os acompañará a los dos, supongo —insinuó Theary maliciosamente. Paula volvió la cabeza y le miró de un modo especial.

—Si, sin duda alguna —respondió sonriendo.

* * *

Theary levantó la trampilla y enfocó la linterna hacia abajo. Con gran sorpresa, observó que el supuesto sótano no existía realmente, sino que era una simple excavación hecha en el subsuelo sobre el que había sido construida la torre.

Las paredes eran muy irregulares y por su anchura parecía más un pasadizo que una estancia destinada a guardar objetos en desuso o a conservar alimentos frescos en épocas en que se desconocía la refrigeración artificial.

Pero, de todos modos, convenía explorar el lugar. Deseen dio primero, alumbrado por Paula, y luego esperó a que ella se le reuniese. Entonces vieron que el supuesto sótano era en realidad un túnel cuyo final no se podía divisar, debido al trazado en curva, que se desviaba ligeramente hacia el oeste, a la izquierda de la torre, si se tomaba el pueblo como punto de referencia.

Un extraño rumor llegó a oídos de la pareja.

—El mar —dijo Paula.

—Lo cual significa que este túnel tiene una salida al exterior —manifestó Theary—. Vamos a ver a dónde lleva.

El túnel seguía un trazado descendente, con una pendiente no demasiado pronunciada, pero que sí se dejaba notar. Colgaban telarañas del techo y el aire olía a humedad y a abandono.

A unos treinta metros, doblaron la curva. Entonces vieron a lo lejos un poco de luz. El ruido del mar se hizo más fuerte.

Theary avivó el paso. Presentía que iba a encontrar algo, pero no era capaz de imaginar qué podía ser. Un chorro de aire fresco, que olía a sales marinas, llegó de pronto a su rostro.

La luz se hizo más intensa. Casi de repente. Theary vio algo que le causó una profunda impresión.

Paula también vio los esqueletos y chilló. El joven se detuvo unos instantes, contemplando los restos humanos que blanqueaban en el suelo arenoso de las inmediaciones de la salida, y en los que todavía se veían algunos jirones de ropa semipodrida.

—Los espías alemanes —murmuró—. Entonces, la historia es cierta...

Había tres esqueletos y algunos objetos esparcidos por el suelo. Pero nada tenía valor.

Un par de navajas, un mohoso abrelatas, latas de conserva vacías, dos cantimploras y tres o cuatro botellas que habían contenido vino o licor, cosa que no se podía saber, ya que las etiquetas habían desaparecido, corroídas por la humedad.

Repuestos de la primera impresión. Theary exploró el interior de

la cueva con la

linterna De pronto, vio algo en un saliente del techo.

—Mira. Paula.

Alargó la mano y tiró de la correa de una bolsa de cuero que había estado situada sobre el saliente.

—¡El dinero! —gritó ella.

Theary soltó las hebillas de la bolsa. El cuero se deshacía entre los dedos.

Levantó la tapa. Una araña asustada escapó corriendo y saltó al suelo, arrancando a la muchacha un chillido de susto. Theary volcó la bolsa y la sacudió un par de veces.

—Si hubo dinero aquí, en alguna ocasión, ya ha desaparecido —dijo.

Paula dejó escapar un suspiro de resignación.

—Habría sido tan bonito encontrarlo. Por supuesto, lo hubiéramos entregado al Gobierno, pero alguna recompensa nos hubiesen dado, ¿no te parece?

—Nunca me hice ilusiones acerca de ese dinero —contestó él—. Una cosa es segura: alguien sí lo encontró y se lo llevó, y apostaría algo bueno a que no se lo comunicó a nadie.

—Para quedárselo en provecho propio.

—Exactamente.

Theary se mantuvo pensativo unos segundos. Luego se acercó a la boca de la cueva y apreció que era muy angosta. Apenas sí podía pasar su cuerpo de costado, pero tampoco la salida resultaba imposible.

Cuando lo consiguió se asomó al acantilado; el mar se encontraba a unos cuarenta metros más abajo. A la izquierda, divisó una enorme roca saliente y enseguida supo que era el obstáculo que cortaba el sendero al otro lado.

Pero también vio una serie de muescas en la rugosa superficie de la roca, unas cerca de la base y otras a metro y medio más arriba. De pronto, obedeciendo a una súbita inspiración, metió un pie en una de las muescas inferiores, a la vez que se sujetaba con las dos manos a otras tantas de las situadas en un nivel superior.

Paula se asustó.

—¡No lo hagas, Theary!

El joven desapareció de su vista en pocos momentos. Ella quedó inmóvil en el mismo sitio, terriblemente aprensiva, temiendo por la vida de Theary. Pero, antes de un minuto, le vio reaparecer con la sonrisa de los labios.

—Es fácil entrar y salir, si se conocen los medios —dijo—. El sendero está al otro lado. Si los espías tenían cómplices aquí, podían venir por dos sitios: la trampilla de la torre o el sendero.

—Y... ¿quién vino para ayudarles a cumplir su misión?

—¿Ayudarlos... o matarlos?

Hubo un momento de silencio. Paula se estremeció.

¿Cómo habían muerto allí aquellos tres desdichados? ¿Qué horrible agonía habían padecido antes de morir en la cueva? ¿Por qué nadie había ido a aquel lugar durante más de cuarenta años?

La mano de Theary se posó afectuosamente sobre su brazo.

—Hemos de regresar. Paula.

La muchacha asintió en silencio. Theary observó que te nía los ojos húmedos.

—Los compadezco sinceramente, aunque eran enemigos de mi patria —murmuró Paula. —Cuando eso sucedió, ni tú ni yo habíamos nacido —dijo él—. Anda, vamos: es hora de regresar.

Un minuto después, a punto de alcanzar la salida, oyeron un fuerte estruendo. Paula exhaló un grito de terror.

—¡La trampilla!

Theary corrió hacia la escalera y trató de empujar la madera hacia arriba. Pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos.

—Han puesto un peso y no puedo abrir desde aquí.

—¡Vamos a morir de hambre y sed! —gimió Paula.

Theary sonrió.

—En el croquis hay una línea de puntos que contornea el dibujo que representa a la roca. No lo supe ver entonces, pero ahora ya sé lo que significa: podemos salir utilizando las muescas, que alguien, hace muchísimos años, practicó con ese objeto.

Los ojos de la chica se dilataron.

—Es verdad, lo había olvidado... pero, ¿quién ha podido cerrar la trampilla?

—Sólo una persona: el mismo que trazó los mapas y el que envió el anónimo.

—¡El asesino! —adivinó Paula.

—Exactamente —confirmó Theary.

Pero había que conocer los motivos del asesino. Theary estudiaba una vez más los mapas y el anónimo recibido, tratando de descifrar el enigma, sin que, hasta el momento, se sintiera optimista al respecto.

Atardecía ya y aún no había conseguido nada, inesperadamente, su vista tropezó con algo que le hizo recordar un detalle olvidado.

Obedeciendo a una súbita inspiración, se levantó y fue a la repisa, donde aquella mañana había dejado un papel. Comparó las líneas escritas en éste con las del anónimo y lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Ya te tengo, bribón! —exclamó, sin poder contenerse, en el momento en que alguien abría la puerta de la sala.

—Señor, tiene una visita —anunció Magde.

Theary se volvió. La alta y esbelta figura de Laureen apareció en el umbral.

—Qué sorpresa...

Ella avanzó unos pasos.

—He venido a decirte algo que había mantenido en secreto hasta ahora. Me iré muy pronto de Merton Bay y no quiero marcharme sin descargar lo que estimo un peso sobre mi conciencia.

Theary la miró estupefacto.

—Pero. Laureen, tú no...

La joven se atusó el cabello. Magde, discreta, había cerrado la puerta de la sala.

—Lo hizo el abuelo —declaró Laureen — . Lo confesó poco antes de morir, aunque anteriormente ya había quien lo sabía.

—No entiendo —manifestó él, desconcertado—. ¿A qué te refieres?

—Alguien envió a los espías alemanes, creyendo que el abuelo los ayudaría. Tiempo atrás, un agente alemán había estado en la zona y conocía la existencia de una cueva bajo la torre... Pero el espionaje nazi se equivocó: mi abuelo era ya un inglés y no quiso tener tratos con los que consideraba unos enemigos de su patria. Fingiendo ayudarles, fue a buscar provisiones y les llevó vino envenenado. Más tarde, le aconsejaron que guardase el secreto y que dejase allí los cadáveres. Por lo visto, el que le dio ese consejo murió también, no lo comunicó a nadie y...

Theary asintió.

—He visto los esqueletos —dijo—. Pero el dinero desapareció.

Laureen sonrió enigmáticamente.

—Existió, pero eran billetes falsificados por los alemanes —reveló.

—Bueno, un enigma descifrado... pero tú no tienes que sentirte culpable por algo que hizo un antepasado tuyo.

—De todos modos, Merton Bay me gusta cada vez menos. Pronto me iré y...

—Aguarda un momento —atajó Theary—, No puedes marcharte hasta que se haya resuelto el otro misterio, el de la firma de la bruja. Y yo sé cómo descubrirlo. Tienes que quedarte, porque es algo que te concierne directamente, ¿comprendes?

—Jason, sospecho que sabes quién es el asesino —dijo Laureen, con ojos muy brillantes.

Theary movió la cabeza afirmativamente.

—No sólo lo sé, sino que voy a tenderle una trampa, para desenmascararle de modo que no quede lugar a dudas.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Tu presencia, simplemente. En cuanto a ayuda... —Theary

pensó en un hombre que no le había mostrado demasiado afecto, pero que colaboraría con él en cuanto se lo pidiese—, ¿Me acompañas a ver a uno de los descendientes de quienes quemaron a Evinia?

—¿Quién es el hombre, Jason?

—Laird McOgge —respondió el joven.

* * *

Soplaba una fresca brisa y en lo alto de la llanura se percibía el constante ruido de las olas, batiendo la costa incansablemente. Un hombre llegó a la torre, empujó la puerta y se dispuso a quitar la piedra situada sobre la trampilla, lo que hizo en pocos instantes.

En el mismo momento se encendió una luz rojiza. McOgge retrocedió.

—¡No, no te acerques! —gritó.

El resplandor se le aproximó. Al otro lado de la luz roja se divisaba la silueta de un hombre.

Bruscamente, se encendieron varios potentes focos. Alguien emitió una interjección de rabia.

—Será mejor que apague ese diabólico artilugio. Sam Foyle —conminó Theary desde lo alto del primer piso—. Ha sido descubierto y ya no puede engañar a nadie con la candente firma de una persona que murió hace doscientos cincuenta años.

En el rostro del hombrecillo había una expresión de furia diabólica.

—¿Cómo diablos lo supieron? —exclamó.

—Usted me envió un anónimo. La letra es la misma que la de una factura por reparaciones en mi casa.

Foyle retrocedió hacia la puerta. Llevaba algo a la espalda, sujeto con unas correas y, con gesto repentino, se deshizo de aquel bulto y lo tiró al suelo.

—Maldita sea... Tenía que hacerlo...

—¿Por las cien mil libras esterlinas?

—Eran sólo un cebo. Demasiado sé que ya no existían. Pero ellos... Se burlaban constantemente de mí... Y tú también. Laird McOgge; te reías de mí, porque era un monigote en manos de mi mujer...

—Eso no es cierto —contradijo el tabernero con grave acento—. Lo que si te dije en más de una ocasión es que debías demostrar que eras un hombre y no un pelele. Si los otros se burlaron de ti o te dijeron cosas peores, ya no es cosa mía.

—Pero los mató, reavivando la leyenda de la bruja —acusó Theary—, Y. precisamente, para atraerlos a sitios donde podía eliminarlos sin riesgo, reactivó también la historia de los espías

alemanes. Incluso trazó mapas que remitió por correo, junto con sendos mensajes, cuya letra es también idéntica a la de mi factura.

Laureen asistía silenciosa a la escena. Theary dio otro paso hacia delante.

—Sam Foyle, un ex mecánico de la Royal Air Forcé, muy hábil... Construyó un aparatito que no es sino una resistencia eléctrica, con determinado dibujo, una E mayúscula para concretarlo con exactitud, la cual estaba conectada a una batería... la misma que ahora está ya en el suelo. La resistencia encendida quemaba la frente de sus víctimas y así, las personas ingenuas creían que se había hecho realidad la maldición de Evinia. Pero tenía que haber matado a muchos más, porque todavía quedan más descendientes de los que quemaron a la bruja. Sin embargo, sólo se vengaba de un pequeño y determinado grupo de hombres a quienes consideraba sus enemigos.

—¿Y no había otros motivos? —preguntó Laureen, rompiendo el mutismo en que se había mantenido hasta entonces.

Theary se volvió ligeramente hacia ella.

—Sí, había un motivo poderoso. Quería cargar las culpas sobre su esposa. ¿Me equivoco, Sam?

—Ella si que era una bruja —contestó el asesino rabiosamente.

—Y había llegado a odiarla profundamente, con un odio qué se exacerbaba día a día y que explotó cuando ella lo derribó de un manotazo, en presencia de testigos, ¿no es cierto?

—Ahora ya no hay motivo para negarlo —confesó Foyle—. Sí, la maté y la mataría mil veces, si mil veces resucita se. Cometí un terrible error al casarme con ella; se mostraba tan afectuosa en los primeros tiempos... Pero muy pronto enseñó su verdadero carácter y convirtió mi vida en un infierno... Y algunos, encima, se burlaban descarnadamente de mi...

Era para compadecer a aquel hombre, se dijo Theary, pero también había que pensar en los crímenes cometidos.

De pronto, Foyle dio media vuelta y se precipitó fuera de la torre.

—¡Deténgase! —gritó Theary.

Foyle no le hizo caso. Theary, con una linterna en la mano, se precipitó detrás del asesino.

Foyle dio la vuelta a la torre y se dirigió al acantilado. El joven presintió sus intenciones. —¡No, no lo haga!

Súbitamente, Foyle desapareció de su vista. Consternado, se detuvo a pocos pasos del borde.

Laureen y McOgge se reunieron con él a los pocos segundos.

—Ha preferido lanzarse al mar —dijo el tabernero.

Theary asintió.

—Gracias por su ayuda, Laird —murmuró. Luego se volvió hacia

Laureen—. Contaremos públicamente todo lo sucedido —añadió.

—Todo se confirmará cuando aparezca el cadáver —dijo McOgge.

* * *

Pero Foyle no había muerto.

Simplemente, había simulado lanzarse al mar. En realidad, descendió a todo correr por el sendero, entró en la cueva y aguardó pacientemente.

Al cabo de unos minutos, se arriesgó a recorrer el túnel. Desde abajo, escuchó con atención.

Sus perseguidores se habían marchado. Se escondería durante una temporada: todavía quedaban dos tipos de los que pensaba vengarse Nadie le encontraría y...

Seguro de no ser visto, emprendió la ascensión. Al llegar arriba vio algo que desprendía un resplandor rojizo

—Maldita sea... Me olvidé de desconectar la batería... Dio un paso hacia delante y, de pronto, tropezó con una piedra y cayó de bruces.

Un grito de horror brotó de sus labios cuando su frente chocó con la resistencia eléctrica. Le pareció oír una risa siniestra y creyó ver la burlona mueca de una mujer que estaba atada a un poste y rodeada por las llamas

Algo chasqueó en su pecho. Su cuerpo sufrió una terrible convulsión y se quedó inmóvil.

* * *

—El corazón —dictaminó Garrity dos días más tarde— Lo tenía bien, pero debió de ver algo espantoso... o tal vez el miedo causado por la quemadura que él mismo se había causado...

—V no pudo resistirlo —adivinó Theary.

Garrity hizo un gesto negativo.

—Añadamos también la excesiva tensión a que había estado sometido en los últimos tiempos y tendremos completo el cuadro clínico. Y usted, supongo, estará satisfecho. Sus jefes le felicitarán y...

—¿Mis jefes? —se sorprendió el joven

Garrity le guiñó un ojo.

—Descuide, no le contaré a nadie que pertenece al contraespionaje —se despidió.

Theary contuvo una sonrisa. ¿Cómo decirle que era simplemente un hombre que se había tomado unas vacaciones, para recuperarse de un exceso de trabajo?

Pero tampoco tenía tanta importancia, pensó. En cambio, si

había algo que la tenía verdaderamente.

Echó a andar De pronto, vio a Paula colgada del brazo de un chico que apenas le pasaba dos años.

—¡Jason! ¡Qué alegría verte! —exclamó la muchacha—. Ya me he enterado de todo... Sé que el enigma se ha resuelto... Te felicito, sinceramente

—Tú también me has ayudado mucho. Tienes una buena parte en el asunto y así lo diré donde sea necesario. —Theary miró al joven—. ¿Tu hermano?

Paula lanzó una alegre carcajada.

—¡Oh, no! —exclamó—. Jason, te presento a Bill Martin, mi prometido. Vamos a casarnos dentro de dos semanas y estás invitado a la boda.

Theary perdió la sonrisa súbitamente.

—Bueno... No me lo esperaba... pero os deseo muchas felicidades a los dos..

Paula y su prometido se marcharon a los pocos momentos. «Kenny» les seguía, saltando alegremente Theary meneó la cabeza.

—Menuda decepción —murmuró—. Claro que no debía haberme hecho ilusiones... Si uno lo piensa bien, ella no es...

De pronto, sonrió.

—Pero hay una que si lo es. O puede serlo...

Con paso vivo echó a andar hacia las afueras del pueblo. Minutos más tarde vio a Laureen en el jardín de su casa

—Espero no llevarme la segunda decepción del día —murmuró.

Laureen le miró de un modo especial.

—Me marcho mañana —anunció.

—A Edimburgo, supongo —dijo él.

—Claro. Allí tengo mi casa... y mis padres.

—Tienes que dejarme tu dirección. Laureen —¿Piensas ir a visitarme, Jason?

Theary se llenó los pulmones de aire. «Es hora de lanzarse», se dijo

—Iré a pedirles tu mano —declaró.

Laureen sonrió suavemente.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Yo, si, pero todavía no conozco tu respuesta —Vives en Londres, ¿verdad?

—Allí está mi trabajo. Tengo un buen sueldo y mejores perspectivas, pero no quiero matarme, como lo hice hasta ahora. Nada puede compensar la pérdida de la salud. Laureen.

—Es una decisión muy acertada. Jason, me gustará vivir en Londres, contigo... si no temes a una cosa.

—¿Qué he de temer a tu lado? —preguntó él, a la vez que se

apoderaba de sus manos.

—La maldición de Evinia...

Theary sonrió.

—Si nos ve, nos deseará todo género de felicidades —contestó.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



